

UNA CASA EN MARTE

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION


LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

GLENN PARRISH

UNA CASA EN MARTE

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.º 424
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 25.582-1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

El golpe del pico hizo saltar unos cuantos fragmentos de la piedra, pero no produjo ningún ruido, porque la acción se había realizado en el vacío sideral. Sylvester Digby dejó el pico colgando de su cinturón y movió las manos para atrapar aquellos tres o cuatro fragmentos que flotaban perezosamente frente n él.

La luz era insuficiente, pero, aun así, podía ver algunos detalles que le hicieron concebir locas esperanzas. Colgada del cinturón tenía una bolsa, en la que puso aquellos pedruscos. Luego, mediante un leve toque a los controles de su propulsor individual, se separó unos metros de la roca de donde había tomado las muestras.

A ojo, podía calcular que medía unos treinta metros de largo, por veinte de ancho y dieciséis de grueso, una especie de ladrillo inmenso, de unas dimensiones que habrían hecho las delicias del faraón Keops, cuando hizo construir la Gran Pirámide. Sobre todo, si se tenía en cuenta la composición de aquel gigantesco trozo de roca.

Por supuesto, no era el único. Había más, cientos de miles, tal vez cientos de millones, de todos los tamaños, formas y volúmenes, y juntos componían los anillos de Saturno, que era donde se encontraba Sylvester Digby en aquellos momentos. Cuando se veían desde el exterior, sobre todo desde un punto elevado, a vista de pájaro, abrumaban por su grandiosidad y su belleza, extendiéndose en una anchura de unos sesenta y siete mil kilómetros en torno al planeta. Parecía que los famosos anillos debieran ser una masa sólida, y no era así, porque estaban compuestos por infinidad de corpúsculos que orbitaban lentamente en torno a Saturno. Y, a pesar de su anchura, el grosor de tales anillos resultaba decepcionante; no había mucho más de dieciséis mil metros de distancia entre la cara superior y la inferior.

Pero el interior era un inextricable laberinto en el que cualquiera podía perderse, si se descuidaba un poco. Arriba, abajo, a la derecha, a la izquierda, todo eran trozos de materia, principal y sorprendentemente hielo, gases congelados, metano, amoníaco y también vapor de agua que había pasado en la noche de los tiempos súbitamente del estado gaseoso al sólido.

Sin embargo, no faltaban rocas de la misma composición que las que formaban la parte sólida de la Tierra. Por ejemplo, aquella que había estado examinando.

Tendría que tomar las medidas con más exactitud. Según sus primeros cálculos, el bloque tenía un volumen próximo a los diez mil metros cúbicos. Teniendo en cuenta la densidad media de los elementos que lo componían, su peso no bajaba de las sesenta mil

toneladas. Pero, seguramente, pesaba todavía más. Las muestras que había tomado abonaban su hipótesis.

Cuando terminó el trabajo, descolgó de su bolsa un aparatito en forma de caja oblonga, negro, algo mayor que un paquete de cigarrillos y lo adhirió a la roca con unas grapas. Luego desplegó una antenita no más larga de un palmo, pero no cometió el error de dejarlo en funcionamiento.

Aquel detector de situación sola empezaría a emitir señales cuando él lo hiciese activar mediante una señal de radio, emitida en determinado código. De este modo, podría encontrar la roca sin la menor dificultad. Pero si lo dejaba en funcionamiento, tipos avispados encontrarían aquella mina —porque, literalmente, la gran losa era una mina—, y le birlarían sin el menor escrúpulo el esfuerzo de muchos meses de trabajo.

Y Digby no estaba dispuesto a perder lo que había constituido el sueño de toda su vida Ahora tendría que procurarse mejores herramientas e instrumentos de trabajo, a fin de iniciar las tareas de desmenuzamiento y extracción de los componentes ele la roca. Otro año más, se dijo, y habría culminado el sueño de su vida.

De nuevo puso en funcionamiento el propulsor y se elevó muy despacio, a través de aquel laberinto de piedras y trozos de hielo, algunos con aristas tan afiladas como navajas de afeitar y que podían cortar su traje espacial con tanta facilidad como si estuviese hecho de algodón corriente. De repente oyó voces.

El instinto le hizo guarecerse detrás de una roca en forma de concha. Situándose en la concavidad esperó pacientemente.

Miró el cuadro de instrumentos de su escafandra. Aun disponía de aire para ochenta y tantos minutos. En aquellos parajes, uno no se podía fiar. Había tipos capaces de asesinar por el valor de un traje espacial.

Delante de él, observó, había una gigantesca roca de color oscuro, lo que indicaba su procedencia volcánica, mucho mayor que la que él había detectado. Al menos medía cien metros de altura, por otros tantos de grueso y ciento cincuenta o más de ancho.

Digby observó también que había una especie de cueva, cuya entrada le recordó vagamente la puerta de una antigua catedral gótica. Incluso en la base, había unos cuantos escalones, a fin de cuentas formaciones basálticas construidas por alguna misteriosa erupción volcánica ocurrida algunos millones de artos antes.

Segundos después vio a los astronautas.

Todos vestían trajes espaciales y usaban propulsores individuales. Se creían solos, porque hablaban sin el menor rebozo.

—Aquí estará bien.

—Nadie conoce este escondite.

—Será cuestión de unas semanas solamente, guapa.

—Les costará caro —dijo la mujer.

Alguien soltó una burlona risotada.

—No será a nosotros a quien le cueste caro.

El grupo, compuesto por media docena de personas, se acercó a la cueva. Eran delincuentes, apreció Digby, y lo que estaban haciendo no era precisamente socorrer a ancianitas desvalidas. Pero, por lo misino, debía pasar inadvertido.

O alguien podría pensar que su silencio estaría asegurado mucho mejor si le enviaba al otro mundo.

Cuando el grupo hubo desaparecido de su vista, Digby se movió con gran precaución, en busca de su nave. Una vez estuvo a bordo, y tras despojarse del pesado e incómodo traje espacial, se sentó ante los mandos, marcó un rumbo, fijó el piloto automático y se dispuso a realizar el primer análisis de las muestras de roca halladas en aquel pedrusco que tenía forma de losa.

* * *

Cuando terminó los análisis, un par de semanas más tarde, se sentía mareado.

La proporción media de oro era de un tres y medio por ciento, lo que daba un total de trescientas cincuenta toneladas. La plata abundaba en un siete coma cuarenta seis por ciento; ello significaba setecientas cuarenta seis toneladas de plata. Además, había otros metales preciosos en proporciones menores.... pero, al menos, podía extraer una tonelada de platino, algunas decenas de toneladas de níquel, veinticinco o treinta toneladas de tungsteno...

El laboratorio de análisis que tenía montado en su nave era, aunque pequeño, muy completo. Cuando la astronave volaba hacia la próxima estación subplanetaria de Titán, Digby ya había refinado las muestras de roca. Así consiguió unos cincuenta gramos de oro y ciento veinte de plata. Dejó el resto de los metales; de momento, sólo le interesaban el oro y la plata.

* * *

La casa estaba construida al pie de una ladera rocosa, parcialmente cubierta de metano helado. Era un edificio grande, de dos pisos, con características completamente nuevas, debido al hecho de que se hallaba situada en el satélite Titán. Además, había otros edificios al lado, formando hilera. Y todo el conjunto se hallaba situado bajo una gigantesca cúpula transparente, que permitía la

existencia de una atmósfera completamente terrestre, equivalente a la que hay en el planeta a dos mil metros de altitud.

Digby se apeó de su nave, fuera de aquella cúpula, que medía unos quinientos metros de diámetro, por ciento veinticinco de altura. Pendiendo del hombro izquierdo llevaba una bolsa con sus efectos personales.

Llegó a la esclusa y manejó el mando de acceso. Todos los que llegaban a la estación subplanetaria, que tenía el pintoresco nombre de *El Descanso del Astronauta*, sabían cómo manejar la esclusa. A nadie se le pedía el nombre ni se le preguntaban por los motivos de su llegada; sólo se exigía el acatamiento de unas normas establecidas muchos años antes.

Al otro lado de la esclusa había unos percheros especiales, en uno de los cuales dejó Digby su escafandra. La temperatura, artificialmente mantenida, era de unos 22 C. Digby respiró con avidez el aire de la cúpula. Complacido, observó el trozo de césped que cubría una parte del suelo Fuera, reinaban unas temperaturas feroces, de más de doscientos grados bajo cero. Allí, bajo la cúpula, podía ver césped y hasta las primeras margaritas silvestres de la temporada.

Avanzó hacia la casa. En ella podría encontrar de todo: comida, provisiones, pertrechos, repuestos, herramientas... Naturalmente, siempre que tuviera dinero para pagar. Y la dueña de la estación, Betta Lochlein, no era persona habituada a conceder créditos.

El interior de la casa era típicamente terrestre. Incluso había un largo mostrador, detrás del cual se veía una estantería repleta de botellas. En uno de los lados, se veían media docena de toneles. Digby se estremeció al pensar en lo que valía un simple vaso de vino corriente Los costes del transporte lo encarecían todo, se dijo.

Seamus O'Reilly era el viejo encargado de la estación y se hallaba solo en aquellos momentos. Al ver a Digby, levanto las cejas y sonrió.

—Bien, Sylv, dichosos los ojos… ¿Cómo van las cosas? ¿Quieres algo de beber?

Digby se echó a reír.

—Aquí no aceptáis relojes de pulsera en prenda; es lo único que tengo —contestó— ¿Dónde está ella?

Los ojos del calvo O'Reilly miraron hacia arriba

—Haciendo cuentas —contestó—. Se alegrará de verte.

—Gracias, Seamus. ¿Mucha clientela?

O'Reilly hizo una mueca

—La cosa no marcha bien en los últimos tiempos —repuso—. Los últimos clientes se limitaron a comprar comida y algo de tabaco. No se han llevado siquiera una botella de ron. Además, parecían tener mucha prisa... Bueno, eso ocurrió hace tres días... Nunca había visto unos tipos tan extraños, Sylv. Francamente, no me extrañarla que

fuesen ellos.

— ¿Ellos? ¿Quiénes?

— ¿Cómo? ¿No te has enterado de la noticia? La hija de Hugh Stallion ha sido secuestrada. Los raptores piden nada menos que cincuenta millones por su rescate.

Digby se quedó parado un momento. Luego se echó a reír.

— ¿Los merece? —preguntó.

—Sus secuestradores piensan que sí. Además, ¿qué son cincuenta millones para el avaro Stallion? Lo mismo que medio crédito para ti o para mí.

—Seamus, si yo tuviera siquiera medio crédito, ya te habría pedido un vaso de vino —contestó el joven—. Bueno, voy a ver qué dice la dueña.

—Si piensas pedirle un préstamo, no te molestes en subir. Está de un genio inaguantable.

— ¿Qué pasa? ¿La ha dejado su esposo?

— ¿Cuándo ha tenido ella esposo? El hombre que le dio su apellido desapareció hace años, como sabes muy bien. Lo que sucede es que ha recibido un mensaje de la I. T., anunciándole una subida del doce por ciento en los fletes.

— ¡Doce por ciento! —respingó Digby.

—Como lo oyes. Si esto sigue así, temo que Betta tenga que cerrar el negocio. Y quizá eso es lo que quiere la I. T.

Digby asintió lentamente.

—Muy propio de ellos —dijo—. Consiguieron el monopolio y ahora tienen cogido por el cuello a todo el mundo.

—Exacto —corroboró el calvo O'Reilly.

CAPÍTULO II

Digby abrió la puerta muy despacio y vio a la mujer, inclinada sobre unos libros, completamente abstraída en su labor. Espero unos segundos y luego tosió.

Betta alzo la cabeza. Un grito de alegría escapó de sus labios.

— ¡Sylv!

—Hola, preciosidad — contestó él, avanzando hacia el centro de la habitación—. ¿Hay déficit?

—Psé..., no puedo quejarme, por ahora, claro.

—Quizá más adelante tengas que quejarte, si no puedes soportar el aumento en las tarifas de flete.

El hermoso rostro de Betta Lochlein se ensombreció.

—Te lo ha dicho Seamus —adivinó.

- Acabo de hablar con él. Oye, ¿sabes que te encuentro más guapa que nunca?

Betta rió.

—Te has pasado más de medio año en el espacio —dijo—. Encontrarías guapa a una escoba con faldas.

- ¡Hum! LO dudo mucho; todavía no me he visto en ese trance. Betta, ¿cómo van las existencias en tu almacén de pertrechos?

—Según lo que necesites...

—Una perforadora-destructora, un separador molecular, un analizador automático...

— ¡Sylv! ¿Te das cuenta de lo que vale todo lo que tus citado?

—Lo sé —contestó él muy serlo—. El chisme más barato no cuesta menos de cien mil y yo no he podido tomar siquiera un vaso de vino corriente, porque tengo los bolsillos absolutamente vacíos.

— ¿Por qué no lo has dicho antes? —exclamó ella, enojada.

Fue hacia una alacena, la abrió, sacó una botella y llenó un vaso.

—De Escocia, legitimo —anunció.

Digby chasqueó la lengua.

—Estoy en el sexto cielo —dijo.

—Pensé que dirías en el séptimo.

—Lo estaré cuando consiga los instrumentos que te he pedido. Espera, no me digas que no puedes fiarme... Mira primero esto.

Digby sacó algo de su bolsa y lo puso encima de la mesa, Betta contempló estupefacta los dos trocitos de metal, distintos en sus respectivos brillos, pero inconfundibles aun para el más lego en la materia. Betta cogió el trozo de oro y lo hizo saltar en la palma de su mano.

—Cincuenta gramos —calculó.

—Cuarenta y ocho y diecinueve centésimas. Y ha salido de una ganga que no pesaba más de cincuenta o sesenta kilos.

— ¡Sylv! ¡No digas esas cosas, que voy a marearme! —gritó Betta.

Digby se inclinó hacia ella.

—Hay diez mil toneladas de ganga —dijo—. La riqueza media de oro es del tres y medio por ciento y casi siete y medio de plata. Lo menos podré conseguir uno tonelada de platino...

Berta cerró los ojos.

— ¿No estaré soñando, Sylv?

—Te lo juro, no hay la menor fantasía en lo que te acabo de decir. Pero esta expedición agotó mis fondos… y si tú no me ayudas, sólo me queda la garantía monetaria que cubre mi regreso a la Tierra y que no se puede empeñar, vender o hipotecar, según la ley.

Sobrevino un instante de silencio.

Digby estudió a su interlocutora. Era una herniosa joven, de unos veintisiete o veintiocho años, de buena estatura, pelo rojo oscuro v cuerpo dotado de muchos atractivos. Al cabo de unos instantes, Betta sonrió.

—Eso te permitiría realizar tu sueño: una casa en Marte, ¿verdad?

—Lo sabes muy bien —contestó el.

Betta dudo de nuevo,

— ¡Acepto! —dijo al cabo—. ¿Cuál es el trato?

—Mira, no soy avaro... y sé que tú también estas harta de estar en Titán y que te gustaría también una casa en Marte. Hay de sobra para los dos. ¿Cincuenta por ciento?

Ella sonrió.

—Demasiado...

—Acéptalo. A mí me sobrará, de todos modos...

Betta volvió u mirarle.

—Creí que también pedirías otra cosa —dijo.

Los ojos de Digby recorrieron la rotunda silueta de la joven. De pronto, se acercó a ella.

—Espera —pidió Betta.

Se acercó a la mesa, toco la palanquita del interfono y dijo:

— ¡Seamus!

—Sí, señora —contestó el *barman.*

—Voy a tener una entrevista de negocios con el señor Digby. Procura que no nos moleste nadie.

—De acuerdo.

Betta bajó la palanquita v se volvió hacia el astronauta.

—Ven, Sylv —llamó.

Digby acudió a la llamada.

* * *

Cenaron juntos.

—Tu nave es algo pequeña —observó Betta

- Hay sitio de sobra —aseguró él.
- —Las máquinas no son pequeñas.
- Pero funcionan en el vacío. En realidad, para eso fueron construidas. Puedo transportarlas sobre el lomo.

—Quieres decir sujetas al casco...

—Exactamente. Necesito el mayor espacio posible para la carga.

—También necesitas otra cosa que no me has pedido.

— ¿Qué es?

—Un generador. El de tu nave puede resultar insuficiente. Además, necesitas tener una reserva de energía para un caso imprevisto.

—Es verdad —contestó él—. Gracias por el consejo; no había dado en ello. ¿Qué tipos de generadores tienes en tu almacén?

—Uno, del último modelo, Mark XII. Pequeño, compacto y capaz de consumir cualquier materia como combustible. Si no tienes nada a mano, utiliza la basura.

Digby silbó. El generador Mark XII era el último grito en tal clase de aparatos. Ya no era necesario el uranio como combustible. Cualquier cosa tenía masa y ésta era la que se consumía íntegramente en el horno, produciendo así la energía total.

—Debe de costar carísimo —dijo.

Betta sonrió levemente.

—Un poco. Pero, ¿qué importa?

—No sé cómo darte las gracias...

—Nos las hemos dado mutuamente, ¿no te parece?

—Incompletamente —respondió él.

— ¿Por qué?

—Aún queda la noche por delante.

—Eres insaciable. Sylv.

—Tú eres de la clase de mujeres que hacen insaciable a un hombre. A menos que se llame Ewin Lochlein.

Ella se puso seria súbitamente

—Hace años que no he vuelto a verle —dijo.

—Fue a los anillos, me parece.

Betta asintió.

—Se sentía un tanto acomplejado. Mi padre vivía todavía y él quería demostrar a todo el mundo que también era capaz de conseguir una fortuna. Se fue a los anillos... y no he vuelto a verle.

—Lo siento. No debí haberte recordado...

Ella hizo un gesto con la mano.

—Bah, ya lo he olvidado. Además, y aunque me gustaría que siguiese con vida, nunca le amé del todo. Fue una boda impuesta,

aunque te parezca mentira.

Digby conocía la historia. El padre de Betta había sido el fundador del negocio. A toda costa quería desesperadamente que su hija le diese un nieto, que un día continuaría al frente de la estación. Ewin Lochlein apareció un día por Titán y…

El matrimonio había resultado feliz a medias. Ewin no se sentía demasiado a gusto, atendiendo clientes detrás del mostrador. Un día había partido hacia los anillos de Saturno, ansiando encontrar un buen bloque de mineral. Emitió un mensaje, anunciando que ya había llegado y ésta fue la última noticia que se tuvo de él.

Hacía ya tres largos años que se había recibido aquel mensaje en la estación. Las pesquisas no habían dado resultado. Poco después, el padre de Betta había perecido en una avalancha de nieve de metano. Ella se había quedado sola al frente de la estación. Digby sabía que tenía muchos pretendientes aunque presentía que no era el único que había disfrutado de los favores de la joven, era, sin embargo, lo suficientemente discreto como para no hacer ninguna alusión sobre el particular.

Pero también sabía que Betta empezaba a sentirse un poco cansada de aquel género de existencia. Ciertamente, había otros núcleos poblados en Titán, pero estaban separados por distancias superiores a los mil y más kilómetros. Las visitas sociales no abundaban en aquel mundo inhóspito.

Sin embargo, la estación era todo su capital y, en cierto modo, estaba encadenada a ella. Digby sabía también que Betta estaba esperando una oferta interesante, para marchar a Marte.
Quizá ahora, después del hallazgo de aquella fantástica veta de oro y plata, podría conseguir sus deseos. «Y yo también», pensó.

—Por cierto —dijo de pronto—, he oído comentar el secuestro de Fay Stallion.

—Sí, piden cincuenta millones. Lo siento por la chica. El padre se merecía que le rebanasen el pescuezo -contestó licita.

Digby conocía los motivos del rencor de la joven.

—Entre otras cosas, Stallion es presidente de la Interplanetary Transports, la compañía que tiene el monopolio de las espaciolíneas de carga —sonrió.

—Lo consiguió mediante trucos y artimañas que habrían avergonzado al bandido más desalmado. Por tanto, puede imponer sus precios, sin que nadie se lo discuta.

—La chica es inocente —dijo él.

—Pero su padre puede pagar perfectamente el rescate. Es como la picadura de un mosquito en la piel de un rinoceronte, si consideramos su fortuna.

—Unos tanto y otros tan poco...

Betta puso una mano sobre la del joven.

—Ahora tendremos bastante —sonrió.

La miró un instante y luego se puso en pie.

—Aguarda, quiero enseñarte algo.

Betta abandonó la sala, para regresar a los pocos momentos con un papel enrollado. Lo desenrolló y sujetó en la pared con cuatro chinchetas

— ¿Qué te parece? —preguntó.

Digby se puso en pie y examinó las figuras dibujadas en el papel. Eran los planos de una casa que, además, se mostraba en varias perspectivas de un dibujo ideal.

—Tu casa en Marte —dijo.

—Si —respondió ella—. Con la correspondiente cúpula. Pero si tengo suerte, como espero, haré que me construyan una cúpula de cinco por cinco por quinientos.

Digby lanzo un silbido.

—Veinticinco kilómetros cuadrados v quinientos menos de bóveda.

—Exactamente —contestó ella con acento triunfal—. Pero todavía hay más. Fíjate en los arboles del fondo.

—Parecen piños.

—Una variedad del pino de Oregón, mutada para que pueda sobrevivir en Marte. En cinco años, alcanza una altura de veinte o más metros. La gravedad y el suelo fértil facilitan un crecimiento que casi se puede observar a ojos vistas. Y viven fuera de las cúpulas presurizadas.

- Entonces, no cabe duda de que mi llegada va a contribuir en parte a que se realice tu sueño.

— ¿No es también el tuyo?

Digby sonrió, a la vez que se acercaba a la muchacha. Puso las manos en la cintura y la besó en el cuello.

Betta se estremeció. Digby levantó una de las manos y empezó a soltar los botones de la blusa. Ella no opuso la menor resistencia.

Dormían apaciblemente, cuando, de pronto, oyeron una serie de sólidas explosiones.

La casa vibró. Digby se sentó de golpe en la cuma.

— ¿Qué es eso?

Betta encendió la luz.

- El almacén de pertrechos —adivinó.

Digby lanzó una maldición y saltó de la cama, empezando a vestirse de inmediato. Ella le siguió con rapidez.

Bajaron a la planta. O'Reilly dormía, apoyado sobre los brazos, sobre una mesa.

— ¡Seamus! —gritó ella.

Digby se acercó y le tocó en el hombro.

—Vamos, cabeza pelada...

Lentamente sin hacer el menor ruido. O'Reilly se deslizó a un lado y cayó al suelo, quedando con los brazos extendidos en cruz. Sus ojos estaban abiertos, vidriosos.

Betta chilló agudamente. Digby se arrodilló junto al caído. En el centro del pecho se veía un agujero negro.

• Una bala térmica —murmuro.

Betta tenía la mano sobre la boca. De pronto, Digby recordó las explosiones.

— ¡El almacén! —gritó.

Salieron de la casa. A cincuenta pasos de distancia se veían luces rojas al otro lado de las ventanas del almacén.

—Oh, no, no... —gimió Bella, terriblemente deprimida.

Digby cubrió la distancia a grandes zancadas. Abrió la puerta, pero tuvo que alejarse inmediatamente. Lo que había al otro lado era un horno, en el que reinaban temperaturas altísimas.

Desanimado, se dio cuenta de que sus sueños de construir una casa en Marte se habían disipado con aquel incendio que, no cabía la menor duda, había sido provocado.

— ¿Por quién?, se preguntó.

CAPÍTULO III

Seamus O'Reilly habla sido enterrado en el pequeño camposanto situado en el exterior. No era el único. Había media docena de cruces, bajo las cuales descansaban tipos desarraigados, aventureros, hombres que habían sido incapaces de sujetarse a una vida estable y regular, fracasados en sus ambiciones de hacerse ricos. El padre de Betta también dormía allí su sueño eterno. No había hecho falta ataúd: bajo el metano helado, sus cuerpos se conservarían allí eternamente, lo mismo que las cruces hechas con aquella singular materia.

Entristecidos, Digby y Betta regresaron a la estación.

El almacén había ardido por completo. Los incendiarios habían empleado bombas de supertermita, la sustancia que ardía sin llama, a temperaturas de cinco mil grados centígrados y fundía cualquier metal. Toda la maquinaria no era ya sino montones informes de metal tundido.

Las pérdidas alcanzaban cifras astronómicas. Betta podía considerarse como arruinada. El seguro no cubriría siquiera la décima parte de lo que había sido destruido por el fuego.

Entraron en la casa. Había dos hombres junto al «ilustrador. Betta se mostró sorprendida al verles.

— ¡Capitán Kincaid! —exclamó.

Digby se puso rígido. La presencia de aquel sujeto con aspecto y hechos, decían más de uno, de pirata, no podía significar nada bueno. Sobre todo, si se pensaba en Snegor, su acompañante, el mestizo de esquimal, aficionado a usar un arma ya en desuso: el cuchillo de desollar focas.

Kincaid era un sujeto enormemente corpulento, con un peso que no bajaba de los ciento veinte kilos. Snegor era mucho más bajo; pero parecía que sus hombros tenían las mismas dimensiones que su estatura. La cabeza aparecía completamente pelada, a excepción de un mechón de pelo negro, grasiento y brillante, en la coronilla.

—Nos hemos permitido servirnos un par de copas —declaró Kincaid—. Conozco el importe y lo he dejado sobre el mostrador.

En silencio, Betta pasó al otro lado. Digby se apoyó en uno de los extremos de la barra.

— ¿Qué tal, Leif? — saludó.

—No te esperaba por aquí —dijo Kincaid.

—Vine a reponer provisiones.

—Ah... —Kincaid se volvió hacia la chica— Os vi en el cementerio. ¿Qué ha pasado?

—Alguien quemó anoche el almacén de pertrechos con supertermita..., después de asesinar a Seamus.

• Lo siento. Lo digo de veras...

— ¿Quiere beber más, capitán?

— ¿Otro trago, Snegor?

—Si —respondió el esquimal. Había sacado su cuchillo y parecía disfrutar pasando la yema del pulgar por el filo, capaz de cortar un cabello en el aire.

Betta sirvió las copas. Kincaid pagó religiosamente.

Después de beber, dijo:

—Quiero hacerte una proposición.

—Sólo me quedan víveres —respondió ella— Ni siquiera puedo venderle unos alicates.

• No quiero comprar herramientas; quiero comprar La estación.

Hubo un momento de silencio. Kincaid hizo un gesto con la mano.

—Snegor —dijo.

El esquimal guardo su cuchillo en la funda que pendía de su cinturón. Luego se inclinó, hacia la bolsa de lona que tenía junto a su pie derecho, la abrió y sacó algo que arrojo hacia su compañero. Kincaid atrapo el paquete en el aire y lo dejó sobre el mostrador.

—Quinientos billetes de mil créditos —anunció.

Betta contempló el paquete durante unos segundos. Luego, con brusco manotazo, lo arrojó al suelo,

—Guárdese eso —dijo.

La cara de Kincaid se puso roja.

— ¡Es una buena oferta! —gritó.

—Apenas es la quinta parte de lo que vale todo, aun contando con la pérdida de la maquinaria —respondió ella—. Leif, ¿acaso me ha tomado por tonta?

—La oferta resulta muy oportuna —tercio Digby inesperadamente.

Kincaid se volvió hacia el joven.

— ¿Qué diablos quieres decir? —preguntó.

—Anoche se cometió un crimen. Luego se produjo un incendio. Hoy, a las doce horas de esos sucesos, vienes tú y quieres comprar la estación.

—Hace tiempo que lo tenía planeado…

— ¿El asesinato y el incendio?

—Sylv, no me provoques —dijo Kincaid, ceñudo.

—Son tus procedimientos, Leif.

Hubo una pausa en el diálogo. Digby bajó la vista hacia la pistola que Kincaid llevaba pendiendo del cinturón.

—Dispara balas térmicas, ¿no es eso?

— ¿Tratas de insinuar que yo maté a Seamus? —rugió Kincaid.

—Estas pistolas tienen la ventaja de que no queda en el cuerpo de

la víctima proyectil que pueda ser identificado por el rayado del ánima, como sucede con las armas de pólvora —respondió Digby, completamente impasible.

Betta abrió mucho los ojos al oír aquellas palabras. En una fracción de segundo lo comprendió todo.

— ¡Ha sido él! —gritó.

Bruscamente, Snegor se puso en pie. Su cuchillo, de casi cincuenta centímetros de largo y nueve de ancho, voló por los aires.

Digby previó el movimiento y se agachó. De no haberse movido con tanta rapidez, la cuchilla de desollar focas le habría decapitado.

Un segundo después, Digby saltaba hacia adelante. Su cabeza chocó contra el amplio tórax del esquimal, lanzándolo violentamente hacia atrás.

Snegor resopló ruidosamente. Digby se puso en pie de un sallo. Cuando el esquimal empezaba a sentarse, le arreó una patada en la mandíbula. Snegor emitió una especie de bramido y se desplomó sin conocimiento.

En el mismo instante, Digby oyó un estallido de vidrios rotos.

Giró en redondo. Kincaid empezaba a caer, con las rodillas dobladas. Betta tenía todavía en la mano el gollete de una botella.

—Iba a hacer fuego contra ti —dijo, con los ojos muy brillantes.

—Gracias, hermosa.

Digby se acercó a Kincaid y le quito la pistola. El gigante, pese a todo, no había perdido el conocimiento por completo y estaba a cuatro patas, pero absolutamente impedido de hacer la menor acción ofensiva.

Pasaron unos minutos. Kincaid se puso en pie, gruñendo y quejándose. Snegor se levantó poco después

—Fuera —dijo Betta.

Kincaid miró atravesadamente a la pareja.

—No me gusta esto que ha sucedido —rezongó.

—A Seamus le gustaría menos, si pudiera hablar —contestó ella.

Digby movió la mano que sostenía la pistola.

—Ha dicho que fuera —exclamó.

Kincaid y su esbirro abandonaron la casa. Digby se acercó a la puerta y estuvo allí hasta que los dos sujetos, tras colocarse los trajes espaciales, salieron al exterior.

Minutos más tarde, una astronave se elevaba hacia las alturas. Entonces, Digby se volvió hacia Betta.

—Oh, Sylv, ¿qué puedo hacer ahora? —exclamó ella acongojadamente.

—No estás arruinada. La estación vale cinco millones…

—Pero nadie querrá comprarla. Ahora ya está un poco fuera de las espaciolíneas. Cada día hay menos clientes… y después del

incendio, ¿quién vendrá a comprar herramientas? Antes de que me envíen un nuevo *stock* de repuesto, pasarán dos meses.

—Hay una solución —dijo él.

—Clausura la estación y acompáñame. Podemos traer en el próximo viaje como cincuenta toneladas de mineral. Aquí podríamos instalar una trituradora, un crisol... Con esa cantidad obtendríamos ciento setenta y cinco kilos de oro y más del doble de plata… Eso bastaría para que cualquier Banco te abriese un crédito ilimitado.

Betta negó con la cabeza.

—No puedo —contestó.

— ¿Por qué?

—Padezco espaciofobia... Quiero decir que no soy capaz de estar en una nave o flotando en el espacio, arrancando trozos de roca. Aquí, en cierto modo, lo soporto, porque tengo los pies en el suelo. Hace un año viajé a la Tierra. Tanto a la ida como a la vuelta tuve que viajar en suspensión animada. No te serviría de nada en los anillos, Sylv, créeme.

—Vaya, es la primera noticia que tengo sobre el particular —se asombró él.

—Créeme, nada me gustaría tanto como acompañarte, pero es algo absolutamente invencible. El día que pueda construirme la casa en Marte no volveré a salir al espacio.

Le acarició la cara con una mano.

—Tienes todo mi afecto... y las provisiones que necesites de mi despensa —añadió.

—Te firmaré un pagaré.

- Me basta con la participación en el negocio —contesto ella.

—Escucha —dijo Digby de pronto—, tu puedes enviar mensajes a la Tierra.

- Bueno, yo los expido primero a la estación retransmisora número cuatro, que es la más próxima. De allí los envían a la Tierra…, y la tarifa no es baja. ¿Qué es lo que necesitas, Sylv?

— Tengo un amigo... Redactaré el mensaje y tú te encargarás de transmitirlo. Quizá Ron Edgeman pueda sentirse interesado, en participar en el negocio.

— ¿Es de confianza?

—Absoluta. ¿Qué participación podríamos ofrecerle si aceptase?

—Un treinta —contestó Bella—. Si el filón es tan bueno como dices, el treinta y cinco que me correspondería a mí, la mitad del resto, resultaría suficiente para construirme una ciudad entera en Marte.

—Muy bien, en seguida tendrás listo el mensaje.

Betta lo leyó minutos más tarde v lo halló absolutamente incomprensible.

—No entiendo nuda —declaro.

—Está en clave. Ron si lo entenderá.

Ella sonrió.

--Astuto individuo...

Aquella noche, mientras cenaban, oyeron un noticiario televisado con los últimos acontecimientos de la Tierra. Una de las noticias mencionaba el secuestro de Fay Stallion. El padre había recibido el aviso del rescate de su hija, que debía costarle cincuenta millones, pero había hecho declaraciones en el sentido de que no sólo no pensaba pagar un centésimo a unos forajidos sin conciencia, sipo que ofrecía cinco millones a quien facilitara informes sobre el paradero de la secuestrada. El periodista añadía, además, que se corrían rumores, *sotto voce,* de que Stallion había puesto precio a las cabezas de los secuestradores: un millón por cada uno de ellos, seis millones en total. Pero sólo eran rumores, añadía; lo único positivamente cierto eran los cinco millones de la recompensa por encontrar a la muchacha.

—A ti te vendría bien esa cantidad de «pasta» —sonrió Bella.

—Sí, solucionaría todos mis problemas de financiación del negocio —admitió el joven.

Aquella noche, poco después de las doce. Digby se levantó en silencio de la cama. Betta dormía profundamente. Un tenue resplandor entraba a través de la ventana. Vio un hombro desnudo y un redondo seno fuera de las sábanas. El pecho de la joven subía y bajaba acompasadamente.

Se vistió en silencio y bajó a la planta. De allí salió fuera de la casa y se dirigió al vestuario. Antes de ponerse su traje espacial, lo comprobó a conciencia. Kincaid y el esquimal habían estado en aquel lugar y eran tipos de los que uno no podía confiar en absoluto.

Minutos más tarde, se hallaba fuera de la cúpula. Eligió un montículo de hielo, situado apenas a veinte metros de la esclusa y se dispuso a pasar el tiempo.

Dos horas más tarde llegó un sujeto en un «todo terreno», provisto de oruga y movido por electricidad. El vehículo no disponía de cabina estanca, por lo que el piloto debía viajar con escafandra. Detúvose a pocos pasos de la esclusa y saltó al suelo.

Acto seguido sacó algo de la plataforma. Digby supo en seguida qué clase de artefacto tenía el sujeto en las manos. Era una perforadora de gran potencia, conectada por un cable al sistema de energía del «todo terreno». Avanzó unos cuantos pasos hacia la esclusa y entonces fue cuando Digby se decidió a intervenir.

Puesto que no sabía si el otro tendría conectada la radio de su casco, había preparado un grueso trozo de hielo, que voló por el vacío, recto a la espalda del desconocido.

CAPÍTULO IV

El hombre se volvió en el acto, terriblemente sobresaltado. Digby se puso en pie, a la vez que se tocaba con la mano la parte superior de su casco. Era una clara invitación a usar la radio.

—Deja ese cacharro en el suelo y levanta la mano —ordenó.

— ¿Quién eres? —preguntó el sujeto.

—Digby.

—Tu nombre me suena...

—Algo más te sonará si no haces lo que te digo —atajó el joven, a la vez que iniciaba el avance—. ¿Cuál es tu nombre?

—Nick Parkton..., pero me parece que no vas a tener ocasión de repetirlo a nadie.

Ya estaban casi juntos. Repentinamente, Parkton dejó caer la perforadora y llevó su mano a la espalda. Cuando la sacó de nuevo a la vista, empuñaba una pistola.

Digby le arreó un tremendo manotazo, que hizo volar el arma por los aires. Parkton contestó con un fenomenal puntapié. De no haber sido por la protección del traje, Digby lo habría pasado muy mal: la bota de su adversario le había alcanzado en la ingle. Aun así, retrocedió y cayó de espaldas.

Parkton emitió un rugido de ira y se abalanzó sobre la perforadora. Digby captó la levísima vibración del aparato al ponerse en funcionamiento. La broca, del más durísimo acero, era capaz de perforar cualquier cosa en cuestión de segundos.

Rodando sobre si mismo por el suelo, esquivo el primer ataque. Entonces vio la pistola térmica al alcance de su mano.

La perforadora, más que pesada, era incómoda de manejar para una pelea cuerpo a cuerpo. Parkton tardó un segundo en girar y situarse de nuevo en situación de ataque Entonces, la pistola emitió un pálido destello y el proyectil, tras perforar el traje espacial, explotó silenciosamente en el interior del cuerpo del sujeto.

Un chorro de aire vaporizado instantáneamente surgió por el orificio que el proyectil había causado en el traje. Parkton se irguió convulsivamente. Estuvo así un segundo y luego se derrumbó pesadamente al suelo.

Digby se incorporó sobre un codo, respirando afanosamente. La perforadora seguía funcionando y se levantó para desconectarla. Aquella broca, de sesenta centímetros de largo y cinco de grueso, podía haberle atravesado de parte a parte como si su cuerpo hubiese estado hecho de mantequilla.

Durante algunos segundos, permaneció inmóvil, reflexionando sobre lo que debía hacer. Al fin, llegó a una conclusión.

Lo primero que hizo fue desconectar el cable de la perforadora. Era una herramienta que podía servirle en el espacio y no la iba a desperdiciar. Después registró el vehículo. Bajo el asiento había una caja para herramientas. Levantó la tapa y encontró una cartera, repleta de billetes. Había, al menos, cincuenta mil.

«Hay trabajos bien pagados», se dijo.

El cuerpo de Parkton volvió a su asiento. Digby se encaramó al vehículo, lo puso en marcha, viró 180 y, cuando aprecio que había tomado la dirección correcta, bloqueó los mandos. Entonces salto al suelo y regresó a la esclusa.

—Has madrugado mucho —dijo Betta a la mañana siguiente.

—Tenía que trabajar… Oye, ¿te suena el nombre de Nick Parkton?

Ella hizo una mueca.

—Es un sujeto despreciable, un inútil, vago y haragán, capaz de cualquier cosa por un puñado de billetes… Le he tenido que echar de aquí en un par de ocasiones…

—Una joya, vamos.

—Sí. pero, ¿por qué lo preguntas?

Digby se mostró evasivo. Desayunaron juntos y, al terminar, se entregó a una extraña labor, que concluyó un par de horas más tarde. Luego se dedicó a calcular las provisiones que debería llevarse, para poder permanecer en el espacio durante seis meses por lo menos.

Cuando termino, fue a despedirse de la joven

—He contratado un nuevo empleado —anunció ella—, vendrá hoy mismo.

—Te felicito, Betta, cuando recibas la respuesta de Edgeman, transmítela inmediatamente. Aunque no te conteste, la grabadora estará funcionando en automático. ¿Entendido?

—Sí, querido.

—Y. otra cosa… Antes de acostarte, ve a la esclusa y conecta la alarma que te he instalado.

Ella le miró, con los ojos llenos de asombro.

— ¿Alarma? —repitió.

Digby sonrió. De repente, apareció en su mano derecha un grueso fajo de billetes.

—Por los víveres que te he comprado —dijo.

—Pe… pero., ¿de dónde has sacado este dinero…? —exclamó ella, incrédula—. Me parece haberte oído decir que no tenías para pagar un vaso de vino…

Digby se inclinó y la beso en una mejilla.

—Se lo quité a Parkton, después de muerto. Era el precio que alguien le había pagado por destruir tu esclusa.

Betta palideció.

— ¡Dios mío! Toda la instalación se habría quedado sin aire...

—En menos de cinco minutos —confirmó él Agito la mano—. No te olvides de conectar la alarma por la noche.

—No me olvidaré —prometió ella, con los oíos húmedos.



Cuando llegaba a las inmediaciones de los anillos de Saturno, envió una señal por radio. El localizador automático entró en funcionamiento inmediatamente.

Digby inició la maniobra, guiándose por las señales de radio. A partir de aquel momento debería mostrarse exquisitamente cuidadoso. El menor error podía provocar una catástrofe. Los fragmentos que componían los anillos de Saturno y que orbitaban en torno al planeta, no se estaban nunca quietos Eran enormes masas de roca o de hielo, que giraban sobre si mismas con absoluta irregularidad, muy lentamente, pero capaces, por su mismo volumen, de causar terribles daños a una nave, aunque sólo la rozase ligeramente alguna de sus aristas. De pronto, vio que oscilaba una lámpara en el cuadro de mandos.

—Digby, adelante —dijo, después de conectar la radio de largo "alcance.

—Sylv, Ron ha enviado un mensaje. —Era Betta.

—Magnífico. ¿Qué dice?

—«Las lechugas están mejor con una buena pierna asada«. No entiendo nada...

Digby se echó a reír.

—Ron es un obseso de la comida —contestó—. Gracias, preciosa.

Cortó la comunicación. En modo alguno quería unos oídos indiscretos que, tal vez, hubiesen podido escuchar el breve diálogo supieran que Edgeman se había decidido a tomar parte en la operación.

Al finalizar el día había localizado su «mina». Hizo un rápido examen de los instrumentos, lanzó cuatro amarras, a otros tantos bloques de roca, para sujetar la astronave, preparó una cena rápida y se tumbó a dormir.

Ocho horas más tarde, armado con la perforadora que había pertenecido a Parkton, iniciaba los trabajos de arranque de mineral.

La perforadora actuaba en completo silencio. Cada vez que arrancaba un fragmento, lo ataba con un cable al mismo pedrusco. Cuando tuviese varios reunidos, los llevaría a las inmediaciones de la nave. Allí los convertiría en trozos mucho más pequeños y luego los llevaría a su laboratorio, para separar el oro y la plata.

Porque Edgeman tardaría, en el mejor de los casos, cuatro

semanas todavía. Podía haberle esperado en la estación de Betta, pero no quería. Cuatro semanas de convivencia junto a aquella hermosa mujer podían resultar comprometedoras para un futuro que, por el momento, deseaba fuese absolutamente libre en el aspecto sentimental.

De pronto, cuando ya llevaba cuatro horas trabajando de un tirón y empezaba a considerar la conveniencia de tomarse un descanso, captó un destello que, evidentemente, no era producido por una roca abundante en mica. Aquel destello había sido originado por una causa artificial.

* * *

Repentinamente se acordó de una escena presentada semanas antes. Un grupo de astronautas, volando hacia la roca, en la que había una cueva con la entrada parecida a la puerta de una catedral.

Alargó el cuello maquinalmente. Por un momento, creyó que soñaba.

En la boca de la cueva había ahora un cristal, de las dimensiones exactas del hueco en aquel punto. Indudablemente, el hueco había sido acondicionado como habitáculo… ¿Por quiénes? ¿Con que objeto?

Merecía la pena curiosear un poco, se dijo. Amarró la perforadora y se desplazó lentamente hacia aquel lugar, parándose en uno de los peldaños naturales que ahora estaban situados al pie del muro de vidrio.

Al otro lado, podía verlo perfectamente, había luz. El mamparo de cristal media cuatro metros de alto por tres de ancho. En el centro se divisaba el marco inconfundible de una esclusa de acceso, con las dos compuertas.

Digby pegó el casco al vidrio, fuera de la compuerta exterior. La cueva era muy grande; con una altura media de bóveda de cuatro o cinco metros, su profundidad no podía calcularse a simple vista, aunque estimó que no tendría menos de cincuenta metros. Además, divisó varios huecos laterales, uno de los cuales estaba cubierto por una cortina.

Al cabo de unos momentos, golpeó el vidrio con los nudillos. El ruido se percibiría claramente en el interior, como el tañido de una campana. Segundos después, vio que se descorría la cortina. Una figura humana surgió ante sus ojos. Aquella persona le miró un instante y luego avanzó paso a paso hacia el muro de vidrio. Cuando estuvo a pocos metros, Digby la reconoció y se quedó estupefacto.

La fotografía de Fay Stallion había sido ampliamente divulgada por los noticiarios televisados, para que no supiera inmediatamente su

identidad. De modo que era aquí donde la tenían escondida sus secuestradores.

Ella le hizo señas con la mano. Digby se percató de que se daba cuenta de que no era uno de sus raptores. ¿Estaban en el interior de la cueva?

Fay señaló la esclusa con el índice y luego su cabeza, que movió negativamente. Digby comprendió en el acto.

La joven estaba sola, pero no podía escapar, porque carecía de traje espacial. Aunque Digby penetrase en la cueva no podría ayudarla absolutamente.

De pronto, se le ocurrió una idea. Con la mano derecha le hizo señas de que le aguardase. Luego señaló su reloj. «Una hora», pidió Fay sonrió y contestó afirmativamente. Había comprendido.

Digby no perdió el tiempo y se elevó en el acto, virando de inmediato para regresar a su nave. Allí tenía un traje espacial de repuesto, no sólo porque era reglamentario, sino porque, al inicio de su aventura, había confiado en un ayudante, que, después de aceptar, se había echado atrás en el último minuto, dejándolo plantado. Aquel traje serviría muy bien para la secuestrada.



Los mecanismos funcionaron a la perfección. Digby entendió que los secuestradores habían planeado el golpe durante mucho tiempo. Aquel habitáculo no se preparaba en cuatro días.

Pasó al otro lado y se quitó el casco. Fay le tendió las dos manos con vehemencia. Había lágrimas en sus ojos, de azules pupilas.

—No sé quién es usted, pero me parece un ángel —exclamó—. Me conoce, supongo.

—Su fotografía ha aparecido innumerables veces estos días en la televisión —contestó él—. Soy Sylvester Digby. Puede llamarme Sylv a secas.

—Empezaba a ponerme histérica —dijo Fay—. Compréndalo, son muchos días encerrada en este oscuro agujero...

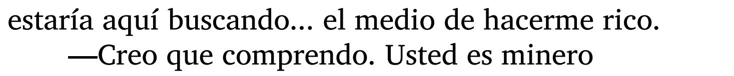
—Me lo imagino, pero eso se ha acabado ya. He traído una escafandra. ¿Sabe cómo se usa?

—No demasiado...

—La ayudare. Hemos de marcharnos de aquí cuanto antes. Tengo también un propulsor individual, pero lo he dejado en mi nave. Con el mío será suficiente para una distancia que no llega a los dos mil metros.

—Usted es el que manda ahora. Sylv. Pero dígame, ¿qué hace por estos parajes dejados de la mano de Dios?

—No tanto, señorita Stallion —rió él—. Si eso fuera cierto, yo no


estaría aquí buscando... el medio de hacerme rico.

—Creo que comprendo. Usted es minero

—Sí.

— ¿Ha encontrado algo que valga la pena?

—La mano de Dios ha dejado lo suficiente para conseguir mis propósitos, señorita...

—Fay, por favor.

—Como quiera. A ver... ajustemos esta hebilla... Es una lástima que no esté habituada a los trajes espaciales

—Lo siento. Sólo utilicé uno en una ocasión. Estar fuera de una astronave, si no es por absoluta necesidad, no es cosa que me encante, precisamente.

—Sí, claro hay gustos para todo. ¿Tiene algo personal que recoger?

—No. Mientras usted iba a su nave me cambié de ropa. Todo lo que necesito está encima de mí.

—A eso le llamo yo un equipaje ligero. Bien, creo que sus padecimientos han terminado. A propósito, la supongo enterada de la cantidad que piden los secuestradores por su rescate.

—Claro. Piden doscientos millones.

Digby parpadeó.

— ¿Han aumentado la cifra? —se extrañó.

—No. ¿Por qué? Siempre mencionaron doscientos millones. ¿Qué sucede, Sylv?

—Es curioso. Todos los noticiarios citan siempre la cuarta parte. No lo entiendo.

—Yo tampoco, pero puede sentirse tranquilo, Sylv. Mi padre sabrá agradecer esto que ha hecho por mí.

—Eso espero —sonrió él. Y ya levantaba el casco, para ponerlo sobre la cabeza de la muchacha cuando, de súbito, un vivo chispazo luminoso penetró en la caverna a través de la mampara de vidrio.

— ¡Viene alguien! —exclamó ella, aterrada.

CAPÍTULO V

Digby maldijo entre dientes por haberse entretenido mucho tiempo en la conversación con Fay. Pero, en parte, lo había hecho para dar ánimos a la muchacha, quien, lógicamente, debía de sentirse muy deprimida después de tantos días de encierro.

Inmediatamente, reaccionó y le agarró de una mano

—Venga, rápido.

En pocos segundos alcanzaron el hueco que había sido hasta entonces alojamiento personal de la muchacha. Digby corrió los cortinajes.

—Silencio —dijo.

Fay se mordió los labios.

—No podremos escapar...

—Aún no está todo perdido.

Momentos después, se oyeron los ruidos inconfundibles de los mecanismos que hacían funcionar la esclusa. Cinco minutos más tarde, sonaron voces:

—Bueno, ya estamos en casita.

—Ya era hora, aunque, si quieres que te diga la verdad, empiezo a sentirme más que harto, tú.

—Vamos, vamos, no te quejes; dentro de nada podrás apalear los billetes. Imagínate. ¿Cuánto es la sexta parte de doscientos millones?

—No sueñes. Haroum. Por dos millones para los seis, firmaría yo ahora mismo.

— Doscientos, Franz, doscientos. La chica los vale

—La chica vale algo más —dijo Haroum.

—Cuidado, tú; ya sabes el acuerdo. Nada de tocarla: tiene que volver a casita tal como salió.

Si, ya lo sé, pero es que, cada vez que la veo, me pongo a mugir como un toro.

—Muge, pero cálmate, ¿estamos?

—Como digas.

De pronto, Haroum pareció notar algo raro.

—Oye, ¿dónde está ella?

- En su alojamiento, ¿dónde diablos quieres que esté? Le quitamos incluso su traje espacial, así que no puede ir a ninguna parte. Si dispusiera de escafandra, podría salir y volar hasta alguna de las naves de los mineros que pululan por estos malditos anillos. Recuerda la que vimos al llegar, Haroum.

—Pudimos averiguar de quién era…

—Nada de eso. Discreción absoluta es la regla máxima. Si un minero sospechase algo, llamaría inmediatamente a una de las

patrullas del espacio Aquí, en esta cueva, estamos en completa seguridad.

- Bueno, de todas formas, vamos a ver qué hace la chica. No me sentiré tranquilo hasta que la haya visto.
- Eso está mejor —aprobó Franz.

Inmediatamente. Digby pegó sus labios a la oreja de la muchacha:

—Conteste con normalidad —susurro—. Diga que se está cambiando de ropa.

Fay contesto con un leve pestañeo de asentimiento. Casi en el acto se oyó la voz del secuestrador:

—Eh, preciosa, ¿qué hace ahí? ¡Conteste, queremos verle la cara!

— ¡Un momento, me estoy cambiando de ropa!

— ¿Que se está cambiando...?

Digby oyó una risita peculiar y casi se imaginó lo que iba a suceder. Un segundo después, una mano descorrió la cortina de golpe.

- Tenemos prohibido tocar, pero no ver —dijo Haroum. antes de darse cuenta de que Fay no sólo no estaba desnuda, sino que había alguien con ella.

La sorpresa del sujeto fue absoluta. Pero antes de que pudiera reaccionar, un puño, enfundado en un pesado traje espacial, se estrelló contra su mentón.

El golpe, demoledor, hizo que los pies de Haroum se separasen del suelo volando unos cuantos metros, debido a la escasa gravedad, hasta caer completamente sin sentido. El otro oyó ruidos y se volvió.

Un rugido brotó de sus labios al darse cuerna de la presencia de un extraño en la cueva Inmediatamente echó mano a su pistola térmica.

Era ya tarde Digby tenía la de Parkton y disparo sin vacilar. El proyectil se inflamó instantáneamente en el interior del cuerpo del secuestrador, causando una terrible elevación de temperatura, que provocó su muerte fulminante. Poco a poco, muy despacio. Franz se inclinó lentamente, hasta quedar boca abajo en el suelo.

Fay se tapó la cara con las manos.

—Es horrible...

—Era necesario —contestó él—. Y ahora, vámonos, no sea que esos sujetos tengan algunos compinches en las inmediaciones.

Fay comprendió la sensatez de aquellas palabras y se dejó colocar el casco espacial. En la compuerta interior. Digby la hizo detenerse un momento. Volvió sobre sus pasos y regresó con dos cascos.

—Ese tal Haroum quedará ahora en las mismas condiciones que usted — dijo sonriendo.

—De todos modos, le quedan alimentos y agua suficientes para una buena temporada

— ¿Cuánto tiempo llevaba sola?

—Una semana, aproximadamente.

Digby hizo un gesto con la cabeza. Terminó de ajustar los cascos, hizo las comprobaciones de rigor y cerró a compuesta interior. El aire que quedaba en la esclusa fue aspirado por las bombas. Se hizo el vacío y ello permitió la apertura de la compuerta externa. Entonces, Digby se lanzó al espacio, llevando a Fay a remolque

Al pasar junto al bloque de cuarzo, Fay divisó los trozos sujetos a las distintas amarras.

— ¿Qué es eso?

—El producto de medio día de trabajo. Hoy haré descanso, pero mañana tendré que continuar.

— ¿Cómo?

Digby le hizo una señal de silencio y ella comprendió en el acto. Ya no despegó los labios hasta que se encontró en el interior de la astronave. Al despojarse del casco, se ahuecó la corta cabellera de color castaño dorado, y miró al joven inquisitivamente.

—Le he oído decir que mañana piensa continuar el trabajo —exclamó.

—Así es —contestó Digby, sentado a una mesa y ya armado de papel y lápiz—- Compréndalo, estoy absolutamente arruinado y necesito ganar dinero.

—Pero... si me lleva a la Tierra, mi padre pagará cinco millones...

—Lo sé. También los pagará cuando envíe a alguien a buscarla.

— ¡Tardarán más de un mes! —gritó ella.

—Si ahora zarpamos hacia la Tierra, usted pasará a bordo un mes largo, ¿no es eso? Entonces, ¿qué más le da esperar aquí, mientras yo trabajo y no pierdo el tiempo?

Fay entornó los ojos.

—Ése trabajo debe de ser muy interesante —comentó.

—Lo es —repuso él, escueto. Y empezó a escribir, interrumpiéndose de vez, en cuando para meditar la siguiente frase. Al fin, sonrió y se puso en pie.

—Con su permiso, voy a enviar un mensaje, anunciando su rescate y el lugar exacto donde pueden encontrarla —dijo-

Fue a la radio, hizo la señal de llamada y esperó. Un minuto más tarde, oyó la voz de Betta.

—Soy Sylv —dijo él—. Pon en marcha la grabadora. Quiero que retransmitas un mensaje para Edgeman.

—Está bien —respondió Betta. Hizo una corta pausa v añadió—: Listo para grabación.

Digby leyó el mensaje que había escrito. Al terminar dijo:

—Eso es todo. Envíalo por el canal de urgencia. Anota los gastos en mi cuenta. Ah, aquí todo va maravillosamente.

—Lo celebro. Enviaré el mensaje de inmediato.

—Gracias, preciosa.

Digby cortó la comunicación y se volvió hacia su invitada.

—Antes de que acabe el día, su padre conocerá la noticia —dijo.

—Pe... pero yo no he oído nada acerca de mencionar mi rescate —se asombró la muchacha.

—El mensaje iba en clave. Ron Edgeman y yo fuimos socios en tiempos y en estos asuntos siempre conviene la discreción. Por eso establecimos un código particular nuestro, que ahora, al cabo de cinco años, hemos vuelto a utilizar.

—Es usted un tipo asombroso —sonrió Fay.

—Más bien corriente y con mala suerte, hasta ahora.

—El que me haya encontrado le va a cambiar su suerte.

—Oh, no es sólo por haberla encontrado a usted.

Fay entendió el significado de la frase.

—Por su yacimiento —dijo.

Digby sonrió ladinamente.

— ¿Le apetece una copita? ¿O prefiere café?

—Mejor café, gracias.

—Muy bien, iré a prepararlo. Luego le enseñaré la nave. No es tan lujosa como el astroyate de su padre, pero resulta habitable

Después de un par de tazas de café, hicieron un corto recorrido por el interior de la espacionave. Luego, Digby le enseñó determinados instrumentos del tablero de mandos.

—No conteste a ninguna llamada de radio que no vaya precedida del encendido de esta lámpara ámbar —indicó—, Si necesita de mí, mientras estoy trabajando, use este canal, cuya frecuencia está sintonizada exclusivamente con la radio de mi casco *No abra* a nadie, sea quien sea, si antes no he hecho yo una llamada de radio y ha visto encenderse esta lámpara. ¿Lo ha entendido?

—Sí, pero ¿cree necesario hacer tantas comprobaciones?

— ¿Es que no se da cuenta de lo que ha pasado hasta ahora?

Fay asintió.

—Tiene razón. Oiga, si usted me llevase ahora a la Tierra, yo le pagarla...

- Imposible. Lo siento muchísimo, pero no puede ser. Mi socio está a punto de ponerse en camino y ha hecho unos gastos muy elevados. La maquinaria que ha comprado le ha debido costar, como vulgarmente se dice, un riñón. Y, sinceramente, lo que esperamos conseguir supera de largo a la recompensa ofrecida por su padre.

Ella dejó caer los brazos a lo largo del costado.

—Tendré que resignarme —dijo.

—Aquí estará bien y no tendrá que soportar las salvajadas verbales de sus secuestradores.

Fay se puso encarnada.

—Dijeron verdaderas barbaridades..., pero no se produjo lo que yo temía —contestó.

—Quizá tenían órdenes muy severas... Por cierto, ¿vio al jefe? Porque es indudable que esa banda tenía un jefe.

—Claro, es un tipo gigantesco. Se llama Leif Kincaid.

—Kincaid! —respingo Digby.

—Lo conoce —se asombró ella.

—No hace más de una semana tuvimos una buena agarrada en *El Descanso del Astronauta*. El y uno de sus compinches, un mestizo de esquimal llamado Snegor. No me extraña que esté mezclado en este asunto; lo sorprendente seria que Kincaid realizase algún trabajo honrado.

• Es un forajido.

—Lo más parecido a un pirata del espacio que usted se pueda imaginar.

—Entonces, cuando se entere de que yo no estoy en la cueva, vendrá aquí y...

—No lo creo. Kincaid suele ser muy prudente y sabe que si intentase algo contra la nave de un minero las patrullas del espacio intervendrían instantáneamente. Aunque llegasen tarde, ya no encontrarían rincón para esconderse. No es que seamos muchos en los anillos, probablemente, no pasaremos de doscientos, pero aquí las leyes se respetan rígidamente y él lo sabe.

Fay sonrió.

—Eso me tranquiliza.

—De todos modos, siempre habrá un detector en funcionamiento, de sonido y visual. Cuando oiga sus señales, ya le enseñaré cuáles son, usted se encierra en su camarote, después de haber emitido la señal de llamada para mí. Hasta que yo llegue, usted no debe salir bajo ningún concepto. ¿Lo ha entendido?

Digby hizo un gesto de duda.

—Puede decirse que son rarísimos los casos de vulneración de las leyes en este lugar del espacio, pero Kincaid podría sentir deseos de hacer una excepción, por eso hemos de tomar el mayor número de precauciones posibles.

—Lo haré tal como usted dice. Sylv. Y ahora, si me permite una pregunta...

—Claro, muchacha —sonrió él.

— ¿Por qué trabaja usted aquí?

—Por una casa en Marte.

Fay lo miró incrédulamente.

—No bromee —dijo—. Si consigue beneficios, puede comprársela también en la Tierra...

—Por la décima parte de lo que me costaría en la Tierra una casa, con un jardín de veinte metros cuadrados. La elección, me parece, no ofrece duda.

—Pero vivirá terriblemente solitario. La soledad puede gustar durante algún tiempo, pero si se prolonga demasiado puede abrumar.

Digby se echó a reír.

—Cuando vaya a Marte llevaré compañía —respondió significativamente.

CAPÍTULO VI

Durante los tres días siguientes, Digby trabajó afanosamente, llevando el producto de su tarea a la astronave. Al cuarto día, decidió dedicar un par de jornadas a labores de laboratorio.

Cuando se disponía a cargar el último trozo de mineral, observó algo que llamó extraordinariamente su atención.

Intrigado, se movió con gran lentitud, hasta situarse en la entrada de la cueva. Atónito, vio que había desaparecido todo rastro de la puerta de vidrio.

Flotando suavemente, con una potente linterna en la mano izquierda, se adentró en las profundidades del hueco. Lo que vio, le hizo sentir una enorme preocupación.

Regresó a la nave. Fay advirtió síntomas en la expresión de su cara.

—Algo sucede —exclamó.

—Cierto. He estado en la cueva. Allí no queda el menor rastro de la estancia de una chica raptada y de sus guardianes.

—No puede ser…

—La he recorrido palmo u palmo. No han dejado ni siquiera un fósforo usado.

—Se habrán dado cuenta de su situación inconveniente y habrán pensado que lo mejor era levantar el vuelo.

—Es probable..., pero eso no acaba de gustarme —dijo Digby, con el ceño fruncido—. ¿Alguna señal en los detectores?

—Todavía no, Sylv.

—Está bien. Seguiremos vigilando. Ahora, menos que nunca, podemos arriesgamos.

Al día siguiente inició los trabajos de laboratorio. Cuando finalizó la jornada, fue a la sala y puso delante de la muchacha dos bloques de metal de colores inconfundibles. Cada uno de ellos pesaba, aproximadamente, quinientos gramos.

— ¿Y eso es lo que produce su mina? —dijo Fay cuando al fin, se sintió con fuerzas para hablar.

—Además de otros metales preciosos, que también pueden rendir lo suyo. Comprenderá, y no se ofenda por ello, que la recompensa ofrecida por su padre es una minucia comparado con lo que yo tengo.

Indudablemente. Pero, a pesar de todo, mi padre cumplirá lo prometido.

—Bueno, tendré para champaña —contesto él alegremente. De pronto, se puso serio—. Si no hubiesen volado el almacén de pertrechos de Betta Lochlein, ahora tendría sobre la mesa una cantidad diez veces mayor —añadió.

Fay asintió, pues conocía la historia. De pronto, consultó su reloj.

—Oh, es la hora de la cena —exclamó—. ¿Tiene preferencia por algún menú especial, Sylv?

—Que llene bien el estómago — respondió él jovialmente— Estoy muerto de hambre.

* * *

En el puesto de mando de su astronave, Ron Edgeman hizo las comprobaciones necesarias, se comunicó con la torre de control y, cuando tuvo el permiso, se elevó hacia las alturas.

La nave aceleró gradualmente, impulsada por sus poderosos motores. Cuatro horas después de su despegue, había rebasado ya la órbita de la Luna. Entonces, Edgeman hizo una llamada por radio:

—Aquí, WNBX-0073, astronave «Spacegold», único tripulante Ron Edgeman. Llamo a la estación transmisora Número Uno. Conteste, Número Uno.

—Estación transmisora Número Uno. Adelante. «Spacegold».

—Por favor, anoten este mensaje, dirigido a Bella Lochlein, estación subplanetaria *El Descanso del Astronauta*, en Titán. «Tiempo Infernal. Lechugas y coles estropeadas». Eso es todo.

—Está bien. Recibido, grabado y listo para transmitir.

—Gracias. Número Uno.

—Buena órbita «Spacegold».

Edgeman cerró la comunicación. De repente, sintió un calor abrasador.

Pero la sensación duró apenas una milésima de segundo.

En la noche espacial se encendió un pequeño sol. Su brillo lanzó vivos resplandores sobre la cara oculta de la Luna, durante algunos segundos. Luego, aquel pequeño sol se extinguió.

En el lugar que había ocupado la «Spacegold» en el firmamento, ya no había nada.

La explosión fue detectada por varias estaciones. Una de ellas era la transmisora Número Uno. Su jefe, pocos minutos más tarde, dio orden de enviar un mensaje a Betta Lochlein.

* * *

Digby regreso a su nave, un tanto fatigado, ansiando tomarse un buen baño antes de la cena. Fay le recibió con cierta preocupación.

—He visto encenderse una lámpara… Creo que es la de la recepción de llamadas en la grabadora…

—Vamos a ver —dijo él.

La grabadora funcionó de inmediato y reprodujo el mensaje

enviado por Edgeman. Luego, Betta había añadido unas palabras:

—Felicidades, Sylv. La operación «Casa en Marte» es ya imparable, supongo.

Digby paró la cinta.

—Edgeman está ya en camino con todo el material necesario.

—No sabe cuánto lo celebro —dijo ella, palmoteando alegremente— ¿Sabe?, empiezo a sentirme interesada en este asunto.

—Gracias. Bueno, voy a bañarme...

—Bañarse —repitió ella—. Pero es un gasto enorme de agua... Yo me baño también cada día…

—Oh, el agua circula por un circuito cerrado, con tres depuradoras. Cuando sale de la última es tan pura como si brotase de un manantial en la Tierra.

Fay hizo una mueca.

—Eso de beber agua en la que uno se ha bañado...

—No hay otro remedio, muchacha; esto es el espacio y hay que acomodarse a las circunstancias.

— ¿Será también en Marte?

—En los primeros tiempos, sí. Pero, si todo sale corno espero, podré contratar un buen equipo de perforación. A una profundidad entre tres mil quinientos y cuatro mil metros ya no resulta difícil encontrar buenas vetas de agua.

—Comprendo… ¡Eh, Sylv! —exclamó Fay de repente—. La luz de la grabadora sigue funcionando.

Digby arrugó el ceño. Se acercó al tablero de control y presionó una tecla.

La voz de Betta sonó inmediatamente con trémolos de angustia:

— ¡Sylv! Acabo de recibir un mensaje... Oh, es horrible la nave de Ron ha estallado...

Digby sintió que le flaqueaban las piernas.

— ¡No! —gritó.

— Es cierto... —Los sollozos de Betta eran claramente perceptibles en la grabación—. La nave ha quedado totalmente destruida, reducida a fragmentos microscópicos...

Abrumado por el desastre, Digby tuvo que sentarse en el sillón de pilotaje.

* * *

Levantó la cabeza. Fay estaba delante de él, con un pocillo humeante en las manos.

—Le he puesto un poco de coñac —indicó.

Digby hizo un gesto con la cabeza. Sorbo a sorbo vació el pocillo. Luego se puso en pie.

—Tengo que llevarte de vuelta a la Tierra —dijo

—Mi padre está avisado —le recordó ella.

—Pero yo...

—Escucha, Sylv —dijo Fay repentinamente— Tú querías una casa en Marte, ¿no es así?

—Cierto, siempre lo he deseado.

—Tendrás esa casa. Tendrás la maquinaria necesaria para convertir ese bloque de roca en billetes de Banco. Yo te prestare cuanto sea preciso.

—No puedo consentirlo, Fay.

—Tendrás que consentirlo. No me conoces muy bien. Cuando la ocasión lo requiere, soy muy terca

Digby sonrió débilmente.

—Si acepto tu ayuda, tendrás participación en los beneficios —manifestó.

—Eso es lo de menos ahora. Tú me rescataste de los secuestradores y es lo menos que puedo hacer por ti en estos momentos.

—Pero… ¿qué dirá tu padre, el poderoso Hugh Stallion?

—Me tiene sin cuidado. Ya soy mayor de edad.

—Muy bien —dijo él—. Pero redactaremos un contrato en toda regla.

—No tengo ningún inconveniente, aunque... sácame de una duda, por favor.

— ¿De qué se trata?

— ¿Tienes tu yacimiento debidamente registrado?

—Ya lo creo. En cuanto analicé las primeras muestras, coloqué un detector de situación, con un documentó de propiedad en su interior, en el que se describen las características del yacimiento.

—Pueden arrancar el detector, Sylv —objetó ella.

—Lo dudo mucho. Está bien escondido.

—Los detectores se pueden detectar.

—El mío no; sólo se activa mediante una señal de radio, emitida en una frecuencia que yo solo conozco. Además, la señal está compuesta por varias, que forman una clave. Solo cuando se ha emitido la clave completa, el detector empieza a enviar señales para su localización.

Fay sonrió.

—Si es como dices, me siento mucho más tranquila —dijo. Y, en aquel momento se oyó un leve tañido en el tablero de mandos.

—Alguien llama —exclamó Digby.

Dio media vuelta y entonces, frente a las lucernas de la proa, vio a un sujeto flotando en el espacio.

El individuo se tocó el pecho. Digby vio brillar la estrella de siete

puntas, propia de los patrulleros del espacio.

—Voy a abrir —añadió.

—Me esconderé —dijo Fay.

—Es inútil, ya te han visto.

Ella miró hacia la lucerna. El patrullero agitó una mano.

—Quizá vienen en nombre de mi padre —dijo—. Puesto que ya conoce la noticia...

—Es probable —convino Digby. Y se encaminó hacia la esclusa.

Fuera, en el espacio, había una nave con las insignias de las patrullas del espacio. El aparato flotaba inmóvil, a no más de treinta metros de distancia.

Debía de tratarse de una inspección de rutina, se dijo Digby, mientras se disponía a abrir la esclusa. Fay, puesto que yo había sido avistada desde el exterior, no juzgó prudente ocultarse.

Desde allí podía divisar la proa de la otra nave, en la que se veían dos sujetos sentados ante los mandos. Las caras, de repente, le parecieron conocidas.

Miró a su alrededor. No había unos prismáticos a mano, aunque sí podía orientar la cámara de televisión de proa y hacer funcionar los «zoom» de aproximación. Cuando terminó la maniobra, los rostros de los tripulantes aparecían en la pantalla como si estuvieran a cuatro o cinco pasos de distancia.

En el mismo instante, tres hombres penetraban por la esclusa, todavía con los cascos puestos. Hasta aquel lugar llegó repentinamente un agudo grito de la muchacha:

— ¡Sylv! ¡No abras, son impostores! ¡Son los mismos que me secuestraron!

El joven dio un salto hacia atrás. Antes de que pudiera nacer algo, el primero de los que habían irrumpido en la nave le apuntó con una pistola térmica.

Digby se quedó quieto en el acto. Otro de los su puestos patrulleros quitó el casco de su jefe. Digby vio entonces el conocido rostro de Leif Kincaid.

—Tú... —exclamó.

El gigante se echó a reír:

— ¡Aquí me tienes, muchacho! —contestó—. ¿Quieres que te diga una cosa? Estás arrestado, por secuestro y violencia carnal.

Digby apretó los puños.

— ¡Qué fantasía! —dijo, sarcásticamente—. ¿Por qué no disparas y me matas?

—Muerto no me sirves para liada —respondió Kincaid sin inmutarse— Y no hay nada de fantasía en lo que te he dicho.

Hurgó en uno de los bolsillos de su traje espacial, > sacó algo que enseñó con alegre ostentosidad.

—Mi nombramiento de patrullero eventual, con las mismas atribuciones que un profesional —dijo.

Digby sintió que se le aflojaba la mandíbula. Fay apareció en aquel momento.

— ¡Sylv! ¿Qué sucede? —exclamó, terriblemente angustiada.

Kincaid hizo una burlona inclinación.

—Sucede, señorita, que hemos arrestado a su secuestrador —contestó—. Por tanto, lo llevaremos a Marte, que es donde se produjo el delito y en donde, según la ley, debe ser juzgado. Espero que, también, condenado.

— ¡No, él no me secuestró! —gritó la muchacha—. Fueron ustedes…

Kincaid se echó a reír.

—Eso se verá en el juicio, señorita Stallion —contestó. Movió la mano y dio una orden—. Que se ponga el traje espacial, es preciso trasladarlo a nuestra nave.

Fay cruzó los brazos bajo el pecho.

—Yo no me moveré de aquí —dijo.

—Señorita, tenemos orden de su padre de llevarla con él, tanto si lo desea como si no lo desea —respondió Kincaid en un tono que no admitía réplica.

—Está bien, iré, pero… —Fay se volvió hacia el joven—. Declararé a tu favor, no te preocupes.

Digby no contestó. Simplemente, no tenía fuerzas para hablar.

CAPÍTULO VII

La sala estaba atestada de gente. La noticia del juicio contra el secuestrador se había esparcido hasta los menores rincones de Marte. Incluso desde la Tierra se habían solicitado líneas especiales para retransmitir el juicio por TV. Naturalmente, y dada la distancia existente entre ambos planetas en aquella época —unos 90 millones de kilómetros—, y contando con la velocidad de la luz —300.000 kms./seg.—, las imágenes tardarían cosa de cinco minutos en llegar a los receptores de los espectadores. Así, cientos de millones de personas tendrían el privilegio de presenciar un juicio que se adivinaba sería sonado, por la calidad de los personajes implicados en el mismo.

Digby estaba poco menos que arruinado. Ni siquiera tenía dinero para pagar un buen abogado. El que le defendía era de oficio, no demasiado interesado en enemistarse con el poderoso personaje que era Hugh Stallion.

Las primeras sesiones transcurrieron sin demasiado interés, centrado, sobre todo, en la declaración de la protagonista del secuestro. A este respecto, lo que declarase Fay podía resultar vital para el acusado.

Las pruebas estaban amañadas, Digby lo sabía desde el primer momento. Se lo había dicho el abogado, pero éste consideraba que eran pruebas irrefutables.

—Únicamente se podrá hacer algo si Fay desmiente las acusaciones —dijo el defensor—. Entonces, solicitaremos un nuevo examen pericial de los mensajes que envió usted, solicitando los doscientos millones por el rescate.

—Cuando se produjo el secuestro, yo estaba en los anillos de Saturno. Tengo testigos...

—La señora Lochlein ha declarado que usted no se hallaba en su subestación en el momento del secuestro. Eso no es una prueba favorable, precisamente

Digby apretó los labios. Realmente, Betta no podía decir otra cosa.

La sesión se suspendió a mediodía. Durante el descanso, Betta fue a visitarle.

—Si te condenan, te sacare de la cárcel —dijo.

—Me enviarán a la penitenciaría lunar. ¿Sabes lo que eso significa? Salir a trabajar en una zona absolutamente desierta, con un traje espacial, cuyos depósitos de aire sólo tienen autonomía para tres horas. Los condenados tienen marcado un radio máximo de alejamiento. En el casco, llevan una emisora, que está continuamente en contacto con el cuadro de mandos del puesto de vigilancia central.

Si rebasas el límite, en ese cuadro se enciende una luz. Entonces, los guardianes en sus naves, disparan sin más contra el imprudente que se atreve a quebrantar las normas.

—Todavía estás en Marte, querido.

Digby lanzó una mirada a través del ventanal de su encierro. La llanura marciana, suavemente ondulada, se extendía ante el infinito. Sin embargo, aparecía alterada por numerosas cúpulas, que albergaban grupos de edificios en los que vivían cientos de personas, la inmensa mayoría, marcianos auténticos, puesto que habían nacido en aquel planeta.

Pero más allá, estaban los espacios infinitos de Marte, tierras inhabitadas, que el gobierno cedía a un precio ridículo, ansioso de conseguir nuevos colonizadores, que aumentaran la todavía exigua vida de un planeta muerto hasta hacia menos de un siglo. Un día, aún muy lejano, Marte sería una segunda Tierra, poblado, lleno de fértiles campos...

Se hablaba de un pequeño y nuevo sol, si se conseguía «encender», por combustión nuclear, uno de los satélites del planeta. Habría más luz y calor, pero era todavía una idea en estudio

—Me llevarán a la Luna y allí me pudriré —dijo Digby sombríamente, después de una pausa.

—Es que pienso sacarte de Marte.

—No te comprometas por mí, Betta. Ya has hecho bastante. Tu negocio está completamente descuidado.

—Lo he traspasado.

Digby respingó.

—¡Has cometido una locura!

—Estaba harta de Titán. Me quedaré en Marte. Ya he comprado un terreno. Pude vender la subestación a buen precio. Incluso, si necesitas dinero…

—Oh, qué cosas dices. También yo puedo vender mi astronave.

—Lo dudo mucho. Está bajo interdicto.

— ¿Qué? —gritó el joven.

—Stallion lo ha solicitado, bajo el pretexto de ser indemnizado por daños y perjuicios. Es tu única fortuna y, puesto que careces de otros bienes, el juez ha accedido.

Digby pensó inmediatamente en los documentos que tenía a bordo, en las muestras recogidas... Empezó a darse cuenta de que, en el fondo de aquel sucio asunto, había algo muy oscuro que no podía conocer totalmente.

—De todos modos, confío en Fay —dijo—. Ella me exculpará.

—Así lo deseo —sonrió Betta.

Un alguacil entró en el cuarto. La vida, en Marte, se había organizado bajo módulos completamente terrestres.

—Se reanuda el juicio —anunció.

Betta le tiró un beso.

—Te veré en la sala de audiencias —se despidió.

Salieron por puertas distintas. Entre el cuarto de visitas y la sala donde se celebraba el juicio, había una especie de antesala, con un par de bancos. Betta vio allí a un hombre sentado, pero no le prestó la menor atención y siguió adelante.

De súbito, sintió que una mano le tapaba la boca.

Forcejeó, pero casi en el acto sintió un agudísimo dolor en el pecho.

Todavía pataleando, fue arrastrada bajo uno de los bancos. El asesino esperó, hasta que sus movimientos hubieron cesado. Luego, con toda tranquilidad, abandonó el cuarto.

En el pecho de Betta, entre los senos, se veía asomar el mango de un estilete. Apenas salía sangre de la herida.

* * *

Las cámaras enfocaron el rostro de Fay, que se veía pálido, sin apenas colores. El alguacil le había tomado ya juramento.

Ei juez indico al alguacil que iniciase su interrogatorio. El acusador se acercó a Fay.

—Señorita Stallion, ¿conoce usted al acusado?

—Si —respondió ella.

— ¿Sabe su nombre?

—Sylvester Digby.

— ¿Qué hizo el acusado con usted?

—Me secuestró.

Digby se irguió en su asiento. No podía creer en lo que estaba sucediendo.

—De modo que ése es el hombre que la secuestró.

—Sí.

— ¿Sabe si pidió algún rescate?

—Dijo que iba a pedir doscientos millones, que mi padre podía pagarlos sin dificultad.

—Muy bien. Ahora, señorita Stallion, diga al jurado si, aparte del secuestro, le causó algún otro daño el acusado.

—Me violó.

— ¡Eso no es verdad! —chilló Digby fuera de sí.

El mazo del juez golpeó en la mesa.

—El acusado debe guardar silencio hasta que se le interrogue o el juicio proseguirá sin su presencia en esta sala.

Digby se sentó. Su defensor le puso la mano sobre el hombro.

—Calma, todo saldrá bien...

— ¡Váyase a la mierda! Esto está amañado. Ella está mintiendo vergonzosamente…

El fiscal prosiguió:

—Ha dicho que el acusado la violó, señorita Stallion.

—Sí.

—Por tanto, hizo fuerza sobre usted para saciar sus bestiales instintos.

—En cierto modo, no; pero cada vez que quería abusar sexualmente de mí, me daba un narcótico.

El defensor se levantó de inmediato.

— ¡Protesto, Señoría! —gritó a voz en cuello—. Si la acusada estaba dormida, ¿cómo puede afirmar que el acusado cometió abusos con ella.

—Una mujer, aunque esté dormida, siempre sabe, al despertar, que un hombre se ha aprovechado de su indefensión —dijo Fay.

Digby se tapó la cara con ambas manos.

— ¿Cómo puede hacerme eso? —murmuro, mientras la sala estallaba en risas, después de la respuesta de !a testigo.

El defensor, abrumado, empezó a recoger sus papeles.

—Amigo, temo que ya no podemos hacer nada más -dijo.

— ¿Alguna pregunta más, señor fiscal? —consultó el juez.

—Gracias, Señoría. Eso es todo por mi parte.

—El defensor tiene la palabra.

—Señoría, lo que tengo que decir es solamente esto: clemencia para el acusado —manifestó el defensor.

—Está bien. Antes de que el Jurado se retire a deliberar, ¿tiene el acusado algo que decir?

Digby se puso en pie lentamente.

Volvió la cabeza Kincaid y sus cuatro secuaces estaban presentes en el juicio y sonreían satisfechos. Fay había ocupado nuevamente su puesto.

De pronto, Digby sonrió. Puso la mano izquierda sobre el brazo, dobló éste y estiró el índice.

—Esto es todo, Señoría —dijo.

Y se sentó.

De repente, un alguacil, muy agitado, corrió hacia el estrado del juez. Este oyó a su subordinado y se sobresaltó.

— ¿Es cierto?

—Completamente, Señoría. Está muerta, con un cuchillo clavado en el pecho, ahí, en la antesala...

Digby oyó aquellas palabras y sintió que se le contraía el estómago.

—Llame a la policía —ordenó el juez—. El juicio no se puede interrumpir y la testigo había declarado ya.

—Sí, señor.

A Digby le pareció hallarse en el centro de una tupida red, tejida no por una araña sola, sino por varias, trabajando de acuerdo con todos ellas, para evitar que se escapase. Lo habían sabido hacer bien, se dijo.

Ya no tendría su casa en Marte. Había cumplido los treinta artos hacia poco. Al menos, le aguardaban otros treinta en la penitenciaría lunar. Cuando saliese, no sería precisamente viejo, pero tendría que acogerse a la Beneficencia. ¿Quién iba a dar un empleo a un hombre de sesenta años, con sus antecedentes?

El sentimiento de amargura dio paso a la resignación y el abatimiento. Apenas sin prestar atención, oyó minutos más tarde, el veredicto del jurado, emitido por su portavoz:

—Consideramos al acusado culpable de los cargos que se han formulado contra él y no le creemos digno de clemencia.

El juez hizo una inclinación de cabeza.

—Muchas gracias, damas y caballeros del jurado. Han cumplido ustedes con su deber y todos los buenos ciudadanos, y este tribunal en cabeza, les quedan muy reconocidos por su colaboración. Ahora...

Hubo una leve pausa. El juez continuó:

—Acusado, póngase en pie.

Digby obedeció.

—Sylvester Digby, ha sido usted sometido a juicio justo e imparcial, y ha tenido usted todos los derechos que la ley concede al acusado de algún delito. Habiendo sido considerado culpable de los cargos que se le formularon, este tribunal le condena u reclusión de por vida, pena que deberá cumplir en la prisión de máxima seguridad de la Luna. ¡E1 juicio se da por concluido!

Sonaron dos golpes de mazo. Los alguaciles se acercaron a Digby, quien no opuso la menor resistencia cuando las argollas de acero se cerraron en torno a sus muñecas.

Antes de abandonar la sala de audiencias, volvió la cabeza.

Fay se había marchado ya. Kincaid y los suyos también se habían ausentada.

Ahora se estarían riendo de él. Irían a celebrar su victoria en alguna taberna. Dirían bromas atroces a su costa. Se emborracharían...

«Eso es lo que me haría falta a mí», pensó amargamente.

Pero en su celda, en donde debía aguardar el momento de su traslado a la penitenciaría de la Luna, no había una sola gota de alcohol.

CAPÍTULO VIII

Sonaron unos cerrojos. Luego, Digby oyó pasos. De pronto, vio a una mujer.

— ¡Clara! —exclamo.

Era la viuda de Ron Edgeman, la última persona a quien hubiera soñado en ver allí.

—Diez, minutos —dijo el guardia, antes de alejarse.

Digby y la visitante quedaron solos. Clara era una hermosa mujer, de unos cuarenta años, pero en la que se apreciaba una expresión de tristeza imposible de ocultar.

—Siento lo ocurrido —dijo él—. Todo fue por mi culpa...

Los ojos de Clara Edgeman brillaron de un modo singular.

—Tú no has podido hacer todas las marranadas de que te acusan —exclamó—. Sé que las mujeres te gustan, pero no hasta el extremo de secuestrarlas para abusar de ellas, con narcóticos, además...

—Pedí doscientos millones... —le recordó él.

— ¡Tonterías! Ron estaba dispuesto a ayudarte. Ya había hecho las compras. Estaba entusiasmado.

—Y murió...

—Oficialmente, por un fallo de los generadores. Sylv, eso no es cierto; eran completamente nuevos y Ron se había ocupado personalmente de supervisar su montaje y hasta hecho las pruebas de funcionamiento personalmente. Sin embargo, no se le ocurrió que alguien podía ponerle una bomba...

—Pero mis mensajes iban en clave...

—Los aparatos que compró delataban el objeto de su viaje. Y, aunque los mensajes llegaran en clave, conocían su procedencia.

—Entiendo —murmuró el preso—. De todos modos, ¿qué se puede hacer ya?

Clara sonrió.

—El guardia te traerá luego una botella de brandy. Destápala a la noche, pero no pruebes una sola gota de licor. Inmediatamente, te taparás la nariz con estos filtros...

Abrió el bolso y sacó una cajita oblonga.

—Están dentro. Respira siempre por la nariz, ten la boca cerrada. Un cuarto de hora más tarde, llama al guardián. Obedecerá tus órdenes con absoluta mansedumbre.

—Entiendo —sonrió él.

—Busca luego el estacionamiento de los «todo terreno». Encontrarás uno con la matrícula 7-M-0041, con las llaves puestas y completamente equipado. Dirígete luego hacia el suroeste. A cincuenta millas, encontrarás mi astronave.

—Clara...
La señora Edgeman sonrió.
—Algún día pagarás los gastos —dijo—. Ron habría hecho lo mismo de seguir con vida. Cuidado, viene el guardián.
—La visita ha terminado —dijo el vigilante
—Adiós. Sylv.
—Adiós. Clara.
Digby volvió a su litera. Sonreía para sí. Aún quedaban gentes buenas en este mundo, se dijo
Pasadas las diez de la noche, vino el guardia con la botella en la mano.
—Aprovéchese —dijo—. Le espera una larga temporada de abstinencia.
—Sí, eso tengo entendido. Sam.
—Me llamo Paul.
—Oh, lo siento, lo había olvidado. —Digby tomó la botella—. Está prohibido, me parece.
Paul le guiñó el ojo.
—Yo tengo otra igual —contestó—. Y ella es una dama encantadora.
Digby sonrió. En el bolsillo de Paul, pensó, habría un buen fajo de billetes.
—Sí, es muy guapa —convino.
El vigilante se alejó. Digby dejo pasar algunos minutos y abrió la cajita. Sacó los filtros, se los puso en las fosas nasales y luego destapó la botella.
El líquido que, aparentemente, era coñac, empezó a evaporarse de inmediato. Pero el gas que surgía por el gollete resultaba invisible.
Digby contó el tiempo con su reloj. Transcurrido el cuarto de hora señalado, se acercó a lo reja:
— ¡Paul! -llamó
— ¡Voy! —respondió el guardián.
Momentos después, aparecía ante la celda.
—Abre —ordenó Digby.
Paul obedeció sin rechistar. Digby salió al corredor. De pronto, se le ocurrió una idea.
—Paul, dame tu uniforme.
—Sí.
Era evidente que el guardián estaba narcotizado. Digby, sin embargo, ignoraba el tiempo que duraría su estado de hipnosis y se apresuró a realizar el cambio de ropas con toda rapidez.
Minutos más tarde, llegaba al exterior. La ciudad copular parecía dormida. En Marte se trabajaba de firme. Los vagos y los parásitos duraban muy poco en aquel planeta.

No tardó mucho en encontrar el «todo terreno» anunciado por Clara. Pero, antes de dirigirse a una de las salidas, encaminó el vehículo hacia determinado lugar.

Esta vez, se dijo, iba a cometer un secuestro auténtico.

* * *

La luz se encendió súbitamente. Fay despertó en el acto, sobresaltada.

—¿Eh? ¿Quién...

Una mano la azotó sin contemplaciones en las posaderas.

—Levántate —oyó la conocida voz de Digby.

Aturdida y sorprendida, Fay se sentó en la cama, cubriéndose maquinalmente con el embozo de las sábanas.

—¡Sylv! ¿Qué haces aquí?

El joven sonrió amargamente, a la vez que tocaba con la mano la funda de la pistola térmica, que habla formado parte del equipo de su vigilante

—Secuestrarte, ¿no lo ves?

—Pero. Sylv, yo no sé...

— ¡Basta! —cortó él con aspereza—. O te vistes o te visto, elige. Pero no me hagas perder tiempo.

—Está bien. No entiendo en absoluto qué pretendes, aunque haré lo que me pides... Al menos, ten la cortesía de volverte…

—Ni hablar, no quiero que me juegues una mala pasada.

Fay apretó los labios.

—No te lo perdonaré nunca. Sylv —dijo, al mismo tiempo que se despojaba del camisón.

-Tu perdón me importa un rábano —respondió él, displicente.

Ella empezó a ponerse el sostén y los pantalones de encaje.

— ¿Qué haces vestido de una forma tan rara? —preguntó.

— ¿No eres capaz de comprenderlo? Me he fugado de la cárcel.

— ¿La cárcel? —repitió ella—. Sylv, no comprendo nada en absoluto...

—Ya lo sabrás. Vamos, acelera

Fay terminó de vestirse. Luego cogió su bolso.

— ¿Adónde vamos? —inquirió.

—Ya lo sabrás, no te preocupes.

Fay se detuvo repentinamente

—Sylv, no saldré de aquí si no me dices...

Los ojos del joven llamearon.

—Saldrás o le quedarás muerta —dijo, a la vez que desenfundaba la pistola—. Estoy condenado a cárcel perpetua y ya no podrían hacerme nada más si te matase. ¿Entendido?

Con la mano izquierda empujó a la muchacha, haciéndola trastabillar. Fay creía hallarse bajo el influjo de una pesadilla.

—Procura comportarte con naturalidad —dijo, cuando ya descendían hacia la planta baja.

Fay permaneció silenciosa, incluso cuando él la hizo sentarse en el vehículo de grandes ruedas tipo balón. Una vez estuvieron a bordo. Digby lo oriento con rumbo sudoeste.

En el momento de traspasar la esclusa de la cúpula, Digby hizo estanca la cabina de su vehículo. La atmósfera marciana convertía aquella acción en algo inevitable.

—Bien, y ahora, ¿me dirás...? —empezó a hablar la muchacha.

—No —cortó él bruscamente—, aún no es hora de que te diga nada.

—Sylv, jamás creí que fueses capaz de comportarte conmigo de semejante manera —dijo ella, dolida

—Tampoco yo creí que tuvieses la desvergüenza de acusarme de secuestro y violación, y lo hiciste, en público y ante un tribunal, por si fuera poco.

—Sylv, ¿qué estás diciendo? —gritó Fay.

Digby hizo un ademán con el brazo izquierdo.

—Oh, basta ya, no tengo ganas de seguir discutiendo —contestó malhumoradamente.



Apenas una hora más tarde divisaron una nave, situada en el fondo de una enorme excavación, lo que la hacía invisible a los ojos de posibles curiosos. Junto a la nave, había otro vehículo «todo terreno».

Digby detuvo el aparato y sacó dos máscaras, con sus depósitos de oxígeno. Puso a Fay una de ellas, se colocó la suya y abrió la cabina. Luego saltó al suelo.

La persona que estaba junto a la nave corrió hacia ellos.

— ¡Sylv! —exclamó Clara—. ¿Qué has hecho?

Hablaba a través de la radio situada en la máscara de oxígeno, y de la que partía un cable unido al audífono. Digby le contestó por el mismo medio.

—Me la llevo —contestó

—Estás loco...

—Clara, gracias por haberme ayudado a escapar, pero, en lo demás, no te metas. Vuélvete a tu ciudad y no te preocupes.

—Espero que sepas lo que haces. Sylv —contestó la señora Edgeman—. Pero ten en cuenta que ahora todas las patrullas del espacio van a salir en tu persecución como perros rabiosos.

—Lo dudo mucho. En cuanto detecte una nave de patrulla, los haré alejarse. Tengo un precioso rehén, ¿comprendes?

—Debería haberme estado quieta —se lamentó Clara

—Todo saldrá bien, no te preocupes. Anda, vuelve a casita.

Clara subió a su vehículo y lo puso en marcha. Digby empujó a Fay hacia la escotilla de la nave, muy parecida a la qué le había sido confiscada, aunque de un tipo más moderno.

—Hablaremos cuando estemos en órbita —dijo

* * *

Tras marcar el rumbo y conectar el piloto automático, Digby hizo una rápida visita a los distintos departamentos de la nave. Faltaban algunas cosas, pero confiaba en reponerlas en la subestación que había sido de Betta Lochlein. Sin embargo, hizo un hallazgo que le hizo sentirse feliz.

En la bodega de carga estaban todas las máquinas y herramientas que Edgeman habla comprado y que se habían destruido al estallar su nave. Enormemente satisfecho, regresó a la cabina.

—Es hora de que hablemos —dijo.

—Ah, ya soy digna de escucharte —contestó Fay, con hiriente acento—. Habíamos llegado a ser buenos amigos, me parece. No entiendo por qué tienes que secuestrarme.

—De modo que éramos buenos amigos… y en el juicio declaraste que yo te había secuestrado y violado en repetidas ocasiones. ¿Es eso lo que una chica decente hace con un buen amigo?

—¡Sylv! ¿De dónde has sacado esa idea tan disparatada? Cuando se celebre el juicio, declararé la verdad. Los que me secuestraron fueron Kincaid y los suyos, v no tú.

—¡El juicio ya se ha celebrado y me han condenado a cadena perpetua!

—Estás loco —dijo Fay, aprensivamente—. Yo estaba en el hotel, aguardando a que me llamasen a declarar…

Digby frunció el ceño. La actitud de la muchacha resultaba incomprensible. Fay creía que el juicio aún tenía que celebrarse, cuando ya había concluido y la sentencia estaba dictada.

—Hicimos el viaje juntos, desde los anillos de Saturno —recordó.

—Sí. A ti te llevaron a la cárcel y yo fui conducida al hotel… Llegamos hace tres días, recuérdalo.

Digby se pasó una mano por la cara. Desde la llegada, habían transcurrido casi tres semanas.

Ahora empezaba a comprender lo sucedido. De pronto, concibió una idea.

Levantándose, fue al cuadro de mandos y consultó ciertos

instrumentos durante algunos minutos. Luego se volvió hacia la joven.

—Fay, quiero que veas y oigas lo que va a salir en esa pantalla —dijo—. Mientras, preparare un poco de café.

—Muy bien.

La joven se acomodó en uno de los sillones y se dispuso a contemplar la grabación en cinta de las sesiones del juicio contra Sylvester Digby, acusado de secuestro y violación,

CAPÍTULO IX

Digby había especulado con la innata curiosidad femenina y sus suposiciones resultaron ciertas. Clara había grabado las sesiones del juicio, en sus aspectos más sobresalientes Cuando finalizó la última grabación, con la condena de Digby, Fay tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No... No, yo no he podido hacer una cosa así... Esa no soy yo...

—Lo eras. Te han tenido narcotizada. Incluso te hicieron olvidar que habías actuado en el juicio.

— ¿Por qué? —gritó ella descompuestamente—. ¿Quién me ha hecho actuar como una marioneta?

—Aparentemente, Kincaid y los suyos. Pero alguien se oculta tras ellos.

— ¿Quién, Sylv?

—No lo sé. Debe ser alguien con un enorme poder de persuasión, porque, primero, les consiguió un nombramiento de patrulleros provisionales, y ese nombramiento era auténtico. Segundo; al atraparnos en los anillos y conducirnos a Marte, desperdiciaban el montón de millones que podían obtener por tu rescate Esa clase de gente no desdeña una gran cantidad de dinero si no hay motivos muy poderosos para ello.

—No entiendo cuáles pueden ser esos motivos…

—Betta Lochlein fue asesinada minutos antes de que te llamasen a declarar. Alguien se quedará ahora con su subestación, y está situada en un lugar muy estratégico, a poco más de un millón doscientos mil kilómetros de Saturno. Hoy día., con un generador Mark XII, esa distancia podría cubrirse en algo más de una hora. Si se tarda casi un día en el viaje, es debida a los ineludibles periodos de aceleración y deceleración que son necesarios, a fin de evitar perjuicios a los tripulantes y pasajeros de una astronave. Prácticamente, apenas se ha llegado a la cota máxima de velocidad, es necesario iniciar la etapa de deceleración. Ahora bien, un puesto comercial, situado tan cerca de Saturno, puede proporcionar enormes beneficios a sus propietarios.

—Lo cual no parecía el caso de Betta —alegó Fay.

—Betta no tenía precisamente espíritu comercial. El puesto lo fundó su padre, individuo de gran carácter y nada inclinado a ceder en sus convicciones. Pero, como murió, el puesto empezó a languidecer. Betta no ponía demasiado interés.

—Y otros si pueden poner interés

—En efecto.

— ¿Quiénes?

Digby hizo un gesto ambiguo.

—Kincaid podría decirnos algo, si estuviese a bordo. Por fortuna, no está en la nave Pero quiero decirte una cosa.

—Sí, desde luego.

—Kincaid es un individuo astuto y desprovisto absolutamente de escrúpulos. Sin embargo, no posee la suficiente inteligencia como para idear un plan tan sofisticado. Después de capturarnos, Kincaid, si no hubiese tenido órdenes superiores, me habría asesinado y a ti te hubiese llevado de nuevo a la cueva. ¿Comprendes?

Fay hizo repetidos gestos de asentimiento.

—Me gustaría saber quién es el que está detrás de Kincaid —manifestó.

—A mí también —respondió el joven—. Y. desde luego, el día que le ponga la mano encima, le voy a hacer lamentar haber nacido

—Hay una cosa que todavía no acabo de comprender bien —dijo Fay—. Durante todos estos días, yo he estado sometida a hipnosis, supongo que por medio de drogas. Ni siquiera ahora recuerdo haber testificado en el juicio...

—Eso es que los efectos de las drogas duran todavía en tu cerebro. Me refiero a la acción amnésica. ¿A que no recuerdas siquiera haber llegado a Marte?

Fay se puso ambas manos en las sienes.

—Miro hacia atrás... y sólo veo una espesa niebla. Lo último que recuerdo es que pasamos a la nave de patrulla, a ti te encerraron en un camarote...

--Y allí fue cuando empezaron a administrarte la droga.

—Podríamos haberlo evitado, si me hubieses llevado de vuelta, como te pedí entonces.

—Lo admito —contestó Digby—. Pero ¿quién iba a suponer...? Yo pensaba que, cuándo Kincaid y los suyos volviesen a la cueva y la encontrasen vacía, tomarían las de Villadiego. Sin embargo, no fue así. Fíjate que, incluso, callaron la muerte de Franz Zweig. Esto era algo que podía añadir más gravedad a mi situación, pero, al mismo tiempo, ellos se habrían visto en un compromiso y no les convenía en absoluto.

—Es verdad —dijo Fay— Pero, ahora, dime, ¿qué planes tienes?

—Primero, demostrar mi inocencia en el secuestro.

—Según se ha visto en el juicio, es imposible.

Digby sonrió.

—A veces, me creo muy listo, pero, en realidad, no soy más que un zoquete, tengo en los anillos algo que puede probar mi inocencia… y ni siquiera me acorde…, pero es que me sentía anonadado, absolutamente deprimido…, pero esto se ha acabado ya.

— ¿Qué piensas hacer? —preguntó la muchacha.

—Acomódate —contestó él—. Esta nave tiene generadores Mark XII, los más potentes que se han fabricado hasta hoy y que pueden emplear cualquier cosa como combustible, incluida la basura. Si nunca has volado rápidamente por el espacio, ahora lo vas a saber.

Fay se acomodó en el sillón contiguo al del piloto. Digby le ayudó a ponerse los arneses y luego hizo él lo mismo. A continuación, desconectó el piloto automático y realizó ciertas operaciones con los mandos.

La nave pareció saltar hacia adelante. Fay se sintió aplastada en el asiento. Durante largos minutos, permaneció absolutamente inmóvil. La fuerza de inercia la mantenía pegada al respaldo. Delante de ella, la bola luminosa que era Júpiter y que no aparentaba ser mayor que la uña de su meñique, empezó a aumentar de tamaño muy lentamente

Pero, aun así, aquella aparente lentitud en el aumento de diámetro, era fruto de la indescriptible velocidad con que se movía la astronave. Pasados algunos minutos, sin embargo, la presión empezó a disminuir.

Media hora más tarde, Digby exclamó:

—Bien, ya hemos alcanzado el máximo de velocidad.

— ¿Cuánto? —preguntó ella.

—Seis millones de kilómetros por hora. Lo cual significa que, antes de una semana, estaremos tomando tierra en Titán.

— ¿Por qué Titán, precisamente?

—Para hacer una comprobación —respondió Digby.



Las dos figuras se acercaron lentamente a la esclusa de la cúpula, bajo la cual se hallaba la subestación que había sido de Betta. Una de las figuras llevaba un paquete en las manos.

Al llegar a la base de la cúpula, Digby se detuvo, dejó el paquete en el suelo y tiró del remate de una antena telescópica, que estiró en toda su longitud. Luego utilizó la radio.

— ¡Eh, los de adentro! —llamó.

Pasaron algunos segundos. Alguien contestó:

—Bien venido, amigo. Entre y tome una copa por cuenta de la casa.

—Ah, es usted el nuevo encargado…

—Sí, mi nombre es Abrams, Garry Abrams. ¿Con quién hablo?

— ¿Está solo, Garry?

—Tengo un ayudante Ali Haroum. ¿Por qué tantas preguntas?

—Mera curiosidad, Garry. Voy a pedirle una cosa: traiga todas las provisiones de boca que tenga en el almacén. Las necesito.

— ¿Tiene dinero para pagar, amigo?

—Tengo dispuesta una carga explosiva, capaz, de abrir un boquete de treinta metros de diámetro en la cúpula. Soy Sylvester Digby.

Hubo un instante de silencio. Luego, otra voz, dijo:

— ¡Rayos!

—Algo más que rayos puede haber, si no hacen exactamente todo lo que les digo. Ah, sus trajes espaciales están demasiado cerca para que no resulten afectados por la explosión.

— ¡Digby! —chilló Abrams—. ¿Qué es lo que pretende?

—Haga lo que le digo y seguirá viviendo.

—Llamaremos a las patrullas del espacio…

—También yo pensaba hacerlo.

Fay intervino en aquel momento:

—Ya no estoy narcotizada y recuerdo muy bien quiénes fueron los que me secuestraron —dijo.

Digby se imaginó a los dos forajidos consultándose con la mirada. "Sin darles tiempo a reaccionar, preguntó:

— ¿Quién fue el que apuñaló a Betta?

No hubo respuesta. Entonces, Digby añadió:

—La carga puede explosionar por una señal de radio y tengo el pulgar sobre el botón de contacto. Deme ese nombre, Garry.

— ¡Rickinson! —chilló el sujeto instantáneamente.

— ¿Está ahí?

—No...

—Bien, empiecen a traer provisiones, *Todas* las provisiones. Y no se les ocurra venir con pistolas. Les tengo cogidos por el cuello y no permitiré que me jueguen una mala pasada.

—Está bien —dijo Abrams—. Empezaremos ahora mismo.

Minutos más tarde, salía la primera carretilla eléctrica cargada con toda clase de bultos. Digby, satisfecho, se volvió hacia Fay.

—Esto va a tardar un poco. Aquí dentro debe de haber docenas de toneladas de mercancías.

—No tenemos prisa, me parece —sonrió ella bajo el casco, que casi hacia invisible su rostro—. Por cierto, Rickinson formaba también parte de la banda.

—Lo tendremos en cuenta.

La primera carretilla salió al exterior conducida por Haroum. Digby se acercó al sujeto.

—Nos vimos en la cueva, ¿recuerdas?

Haroum asintió.

—Entonces, piensa en lo que le sucedió a tu amigo Franz y seguirás viviendo —añadió el joven—. Deja ahí la carga.

Abrams venia ya con otra carretilla. Las operaciones,

necesariamente, resultaban lentas. Cuatro horas más tarde, sin embargo, el almacén estaba completamente vacío.

—Tenéis depósitos de aire de repuesto —dijo Digby.

—Si —contestó Abrams.

—Muy bien, es lo que deseaba saber. ¡Adentro!

—Pero...

—Te doy una posibilidad de vivir, lo mismo que a tu compañero exclamó con dureza—. Tienes, incluso, transmisor de radio y puedes llamar a Kincaid. Y si no le llamas, me da igual, ¡Adentro!

Abrams y su compinche obedecieron, Digby extendió una mano e hizo que la muchacha retrocediera un par de cientos de metros, junto a él. Luego, al hallarse a distancia suficiente, presionó el botón de encendido de la carga explosiva.

La detonación no se oyó, debido a producirse en un mundo sin atmósfera gaseosa. El suelo, sin embargo, trepidó fuertemente.

La onda explosiva abrió un enorme boquete en la pared transparente de la cúpula. Un colosal chorro de aire, que se helaba instantáneamente, surgió por la abertura.

La cúpula mantenía su forma semiesférica, debido a la presión interna de la atmósfera interna. Al faltar presión, empezó a derrumbarse en grandes pliegues.

Los edificios quedaron cubiertos por aquella fláccida cáscara que ya no tenía reparación posible.

— ¿Y ahora? —preguntó la muchacha.

—Ahora cargaremos la mayor parte de las provisiones en la nave y zarparemos rumbo a los anillos,

—Para trabajar en tu yacimiento...

—Y esperar que llegue alguna patrulla del espacio. Puede que también Kincaid, pero lo dudo mucho. Me parece que tendremos que volver a Marte, para asistir al acto final del drama.

— No entiendo tus planes, pero me parece que debo ayudarte, Sylv.

—Gracias, precioso. ¿Empezamos la carga?

—Sí, ahora mismo.



Con las nuevas herramientas que había en la nave, la labor adelantaba extraordinariamente. Gran parte de las operaciones podían realizarse en el vacío. Incluso Fay había aprendido el manejo de la perforadora-destructora, que convertía la roca en minúsculos trocitos, los cuales pasaban por un conducto especial, a la separadora molecular, en la que se producía la fase final de la operación.

La separadora estaba conectada por una larga manguera a la

astronave y enviaba allí el resultado de su trabajo, después de que Digby hubiese programado la computadora que eliminaba los residuos que no interesaban. A las dos semanas de iniciar el trabajo, Digby decidió hacer un alto en la tarea.

—Ven —dijo a la muchacha, cuando ya estaban de vuelta en la nave.

Fay le siguió. Digby abrió una escotilla situada en el suelo. Fay contempló extática los lingotes metálicos, que brillaban en el fondo de la bodega que daba directamente al espacio y que, lógicamente ahora se había hecho estanca

Digby bajó por una escalera metálica y empezó a mostrar sucesivamente el producto de las dos semanas de labor.

—Oro..., plata.... platino..., níquel, tungsteno —dijo sucesivamente—. Dentro de cuatro semanas, esta bodega parecerá la cueva de los cuarenta ladrones.

Fay parecía extática.

—Jamás había visto nada semejante —contestó.

—Una tonelada de oro, dos y media de plata, media de níquel, doscientos cincuenta kilos de tungsteno, veinte de platino... La mitad te corresponde, Fay.

—Pero... —ella se ahogaba—. Si yo no he hecho nada...

Digby sonrió, mientras regresaba a la cubierta superior.

—Has trabajado conmigo y, en el espacio, la persona que trabaja con un minero, tiene derecho a la mitad de lo que se consigue.

—A mí no me hace falta, Sylv.

—Puede que no, pero nunca estorba.

—Eso podría provocar una baja en los precios —alegó ella.

—Es posible, aunque no demasiado probable. Siempre hay escasez de metales preciosos y el oro y la plata no se emplean únicamente como elementos financieros. Bien, ¿qué te parece si tomamos una copa para celebrarlo?

—Estupendo, Sylv.

Digby fue a la bodega de provisiones y regresó con una botella de champaña. Fay rió y palmoteo al oír el taponazo. Luego alzó su vaso.

—Por tu casa en Marte —brindó.

Digby dejó de sonreír un instante.

- ¿Qué te pasa? — pregunto ella.
- Estaba pensando... en una mujer que también quería una casa en Marte y no pudo realizar su sueño. Beberé por ella, Fay, si no te molesta.

—En absoluto.

Después de tomar un par de vasos, Digby anunció su propósito de darse un baño.

—Yo lo haré después —dijo la muchacha.

Cuando salió del baño, una hora más tarde, vestía una bata corta y tenía el pelo atado en la nuca.

—Estoy aprovechando el equipaje de Clara Edgeman —sonrió.

—Te sienta muy bien —dijo él—. Voy a preparar la cena...

— ¡Aguarda un momento!

Digby se volvió. Fay le miraba con un brillo extraño en los ojos y los labios entreabiertos. Bajo la bata de baño, se apreciaban las rápidas palpitaciones de sus jóvenes y firmes senos.

—Dime, Fay...

Ella avanzó un paso.

—Ahora no estoy narcotizada —dijo intencionadamente.

—Lo sé, pero quiero que medites bien...

—Esta meditado, Sylv...

Digby avanzó hacia la muchacha y la abrazó. Las dos bocas se confundieron en un ardiente beso.

Las manos del joven acariciaron la tersa piel femenina. Ella se estremeció y murmuró palabras inconexas. Su bata cayó al suelo.

-No estoy narcotizada., —repitió.

CAPÍTULO X

Recostado en la cama, Sylv miró a la muchacha y sonrió.

—Bueno, esto parece un sueño...

— ¿De veras? Tengo entendido que es realidad.

—Sí, pero quisiera hacerte una observación.

—Empieza —invitó ella.

— ¿No te arrepentirás...?

Las manos de Fay se unieron detrás del cuello de Digby y tiraron hacia sí.

—No me arrepentiré —contestó ardorosamente.

Pasado un largo tato, se separaron de nuevo.

—Bien, y ahora deberíamos pensar en algo más prosaico: comer, por ejemplo.

Fay saltó ágilmente de la cama, espléndidamente hermosa en su joven desnudez. Orgullosa de su figura, puso las manos sobre las caderas y sacó el busto. Los rosados vértices de los senos emergían retadores, incitantes. Sonreía, satisfecha del efecto que causaba en el joven.

— ¿Sigues pensando en comer? —preguntó.

Digby se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros.

—No me tientes —sonrió—. Hay un tiempo para cada cosa... y ahora toca comer, para reponer fuerzas

La besó suavemente.

—Vístete —dijo—. Cuando salgas del baño, la cena estará lista.

—Eres un hombre maravilloso —suspiró.

Digby fue a la cocina y empezó a sacar provisiones del frigorífico. Apenas había dado comienzo a su labor, oyó el tañido que señalaba una llamada de radio.

Inmediatamente echó a correr hacia la cabina del mando. Tocó una tecla y dio su nombre.

—Soy Zugareff, capitán de la patrulla veintidós —sonó una voz en el interior de la astronave—. Deseo hablar con usted, Digby.

—Venga a mi nave, capitán. Le invitaré a una copa...

—Temo que no podre aceptar la invitación Voy a arrestarle.

—Han tardado ustedes mucho —rió el joven—. De todos modos, la copa estará preparada.

Fay apareció corriendo, a medio vestir todavía.

—Sylv, ¿es cierto lo que he oído?

—Rigurosamente cierto —respondió él—. Pero no temas; saldré con bien. Anda, acaba de arreglarte.

Zugareff entró en la nave quince minutos después, seguido de dos de sus patrulleros. Una vez se hubo quitado el casco, miró al joven y

sonrió.

—Una buena fuga —comentó.

—Salió bien, eso es todo.

—Porque le ayudaron.

—Lo que demuestra que nunca dejé de tener amigos.

Fay apareció en aquel momento.

— ¿Capitán? —saludó.

Zugareff hizo una inclinación de cabeza.

—Y ha vuelto a secuestrarla. Digby —acusó.

—Estoy aquí por mi propia voluntad, capitán —dijo la muchacha

—Escuche, si quiere ayudarle...

—Permítame —terció Digby—. Zugareff, ¿conoce usted el procedimiento para demarcar una posesión minera en el espacio?

—Claro que sí Es casi lo primero que se aprende...

—Diga, ¿cómo se hace?

—Bien, se sitúa una emisora detectora... y dentro se coloca un documento, firmado por el minero que ha hallado el yacimiento. La caja se sella automáticamente y sólo se puede abrir en presencia de un juez. Si lo hace otra persona, los sellos ya no se pueden restaurar. Pero no enciendo a qué viene eso...

—Viene, sencillamente, a que en la emisora de mi pertenencia minera, está ese documento, fechado veinticuatro horas antes de que se produjera el secuestro de la señorita Stallion.

Digby se acercó al cuadro de mandos, tomó una caja de control y se la entregó al capitán

—Voy a viajar con usted, es decir escoltado por su nave, hasta Marte —continuó—. Usted llevará la prueba de mi inocencia, ¿entendido?

—Sí —respondió Zugareff

—Ahora yo le indicaré la clave para activar la emisora localizadora y usted irá a recogerla y la guardará hasta el momento en que deba presentarla ante un juez de propiedades mineras. Con el certificado que expida ese juez, yo me presentaré ante el tribunal que me condenó, para obtener la anulación del proceso. ¿Está claro?

Zugareff guardo silencio durante unos instantes. Luego dijo:

—Digby, estoy convencido de que ha dicho la verdad. Pero, si es así, si le montaron un proceso amañado, ¿por qué?

El joven sonrió, a la vez que hacia un gesto con la mano.

—Sígame, capitán —dijo.

Segundos más tarde, Zugareff lanzaba una exclamación de asombro.

— ¡Cielos, jamás había visto una cosa semejante!

—Es escasamente la milésima parte de lo que hay en mi yacimiento —declaró Digby.

La mano de Zugareff se posó sobre el hombro del joven.

—Ahora sí, ahora le acepto la copa que me ofreció antes —dijo.

Digby se echó a reír.

—Será un placer, capitán —contestó.

* * *

Repentinamente, cuando habían rebasado ya la órbita de Júpiter y se encontraban solamente a tres días de Marte, sonó una alarma de socorro urgente.

Las dos naves volaban separadas por un centenar escaso de metros. Digby captó la señal de socorro y se sintió preocupado.

Zugareff llamó por radio.

—Voy a investigar. Digby —anunció—. Siga su órbita. No trate de jugarme una mala pasada.

Digby se sintió presa de un raro presentimiento.

— ¡No acuda, capitán; es una trampa! —exclamó.

—Lo siento, es mi obligación. No puedo dejar de desatender un SOS. Es una de mis primeras tareas, compréndalo.

Digby efectuó un barrido con el radar de largo alcance.

— ¡No hay ninguna nave a menos de cinco millones de kilómetros de distancia! —dijo—. Si está más lejos, hay otras patrullas...

—Repito que lo siento. Siga. Digby.

Fay corrió hacia la cabina de mando.

— ¿De veras crees que es una trampa?

—Estoy seguro —contestó él ceñudamente—. ¡Capitán! —llamó.

—Hable pronto, Digby. Me dispongo a variar el rumbo…

—Insisto, no vaya.

— ¡Buen viaje! Le alcanzaré o nos veremos en Marte

En la cola de la nave de patrulla se encendió de súbito un horno de color rojo casi blanco. El aparato partió disparado en la dirección que señalaban las señales de socorro.

—Esto no me gusta —dijo el joven rabiosamente. De pronto, se volvió hacia Fay—. Le seguiremos.

—Te ordenó dirigirte a Marte. No le pongas en un compromiso —suplicó la muchacha.

Digby hizo un gesto negativo.

—Siéntate.

Ella obedeció, resignada. Digby empezó a maniobrar en los controles. La luz ruja de la cola de la patrullera se había perdido de vista.

El radar, sin embargo, mostraba claramente su imagen en la pantalla. Digby aceleró al máximo.

Las señales de socorro continuaban produciéndose con

regularidad. Digby empezó a pensar que tal vez sus sospechas estaban infundadas.

Una hora más tarde, captó un punto que le hizo recelar nuevamente.

— ¡Zugareff! —llamó.

No hubo respuesta. Digby hizo girar frenéticamente el mando de frecuencias. De pronto vio brillar una lámpara de significado inconfundible.

— ¡Están interfiriendo mis llamadas! —dijo.

— ¿No hay otro medio de avisarle? —preguntó la muchacha.

—Tal vez...

Digby presionó una tecla. De la proa, en la parte baja, partió inmediatamente un cohete, que dejaba una estela roja en su velocísima trayectoria.

—Cierra los ojos, Fay.

La muchacha obedeció. Segundos más tarde, pareció que brillaba un nuevo sol en el espacio.

—Si no ven esta bengala de aviso...

El resplandor se apagó un minuto después. Volvió la oscuridad.

Digby esperó unos momentos Luego meneó la cabeza.

—Zugareff debía haberme contestado ya —dijo desanimado.

La nave patrullera seguía acercándose al origen de las señales de socorro. De repente, algo explotó en el espacio.

Fay se tapó la cara con las manos, y no precisamente por evitar el deslumbramiento. Digby contempló boquiabierto el indescriptible espectáculo de la explosión de una patrullera.

Rayos de todos los colores del arco iris aparecieron en el lugar del estallido. Digby apretó los labios.

—Zugareff cayó en la trampa —murmuró sombríamente—. La llamada de socorro no era sino una bomba.

—Una bomba —repitió la muchacha.

—Sí, activada por proximidad. Tenía una emisora de radio que, seguramente, funcionaba de la misma forma que el detector que yo había situado en el yacimiento, es decir, mediante una señal de radio en determinada clase. En el momento adecuado, la emisora empezó a lanzar sus ficticias señales de socorro. Y luego, cuando la patrullera estuvo en las inmediaciones...

De repente, Fay sintió un terrible escalofrío.

—Te achacarán a ti las muertes de los patrulleros. Sylv —gritó.

—No pueden hacerlo. Habrá una investigación, se dirá que fue un accidente, incluso admitirán que alguien lanzó una llamada de socorro… pero lo más importante de todo, la prueba de que yo estaba en los anillos de Saturno el día en que te secuestraron, ha quedado destruida. ¿Lo entiendes ahora?

Fay se quedó con la boca abierta.

—Y por destruir esa prueba... han muerto cinco hombres valientes...

— ¿Crees que a ellos les importa demasiado? Una vida, diez, cien vidas, no representan absolutamente nada para esa banda de forajidos sin conciencia.

—Kincaid...

—Kincaid es solamente la cabeza visible. El que da la cara, el que ejecuta fríamente los órdenes que otros le dan. Y ésos, pienso, resultarán muy difíciles de desenmascarar, si es que lo conseguimos algún día.

— ¿Entonces...? —dijo Fay, muy abatida.

—Entonces, la unica solución es ir a Marte, de todos modos, y que niegues la declaración que hiciste en el juicio. Pediremos un examen médico; ahora hay medios de sobra para saber si fuiste o no narcotizada. Hay mucha gente que no quedó convencida con la historia de tu secuestro. No creo que sea difícil conseguir una revisión del proceso..., sobre todo si pensamos en la carga de la bodega.

Digby hizo una pausa.

—Cuando me juzgaron tuve que ser defendido por un abogado de oficio, ya que no tenía un solo céntimo. Ahora será diferente; contrataré al mejor abogado de Marte y lograré salir absuelto. Con tu ayuda, naturalmente —añadió.

Fay le puso una mano sobre el hombro.

—Cuenta con ella —dijo llanamente.

CAPÍTULO XI

La nave se posó lentamente sobre el astropuerto de Marte. Digby y la muchacha salieron a través de un túnel, conectado directamente con la cúpula donde se albergaban los servicios de pasajeros y mercancías.

Al llegar allí, varios hombres, algunos uniformados, salieron a su encuentro.

—Soy el comisario Krinshell —dijo uno de ellos— ¿Adivina por qué estoy aquí, Digby?

—Sí, comisario.

Otro hombre, con un papel en la mano, se acercó al joven.

—Solati —se presentó—. Alguacil del Primer Juzgado de Marte. Este es un mandato de decomiso de su nave v de cuanto contiene.

Digby guardó silencio. De pronto, se adelantó alguien.

— ¡Alguacil Solati, rompa ese documento! —gritó Clara Edgeman —. Esa astronave es mía y nadie puede tocar un solo tornillo de su interior sin mi permiso.

Clara abrió el bolso que pendía de su hombro izquierdo y sacó otro papel, que blandió ante los ojos del asombrado funcionario.

—Este es un mandato del Juez Superior, por el que se me encomienda la custodia de la astronave de mi propiedad —dijo—. Por tanto, le prohíbo que se acerque a ella bajo ningún pretexto o usted y su Primer Juez acabarán en la cárcel.

—Señora, yo cumplía órdenes —se defendió Solati.

— Entonces, cumpla las que se expresan en este documento. —Clara guiñó un ojo a Digby—. Hola, Sylv.

— ¿Que tal, Clara? ¿Conoces a Fay Stallion? —sonrió el joven.

—Es un placer —dijo Fay.

—Encantada —contestó Clara.

—Bueno, la nave es suya, señora Edgeman —intervino el comisario Krinshell—. Pero me parece que en ese documento no se habla para nada de Sylvester Digby, condenado a cadena perpetua y evadido de la prisión.

—Ve con el comisario, Sylv —indicó Fay—. Nosotras nos encargaremos de tu defensa.

Krinshell meneo la cabeza.

- Es el caso más complicado que he visto en los días de mi vida —rezongó.

Súbitamente, un nuevo personaje entró en escena.

— ¡Fay!

La muchacha se volvió.

— ¡Papá! ¿Qué haces aquí? —exclamó, atónita.

Un hombre de unos cincuenta años, bajo, fornido y de cejas espesas como cepillos se acercó al grupo.

—He venido a llevarte a casa, pedazo de loca —dijo Stallion malhumoradamente—. Te has metido en una serie de insensatas aventuras...

—Papá, sé lo que me hago —cortó Fay rápidamente—. Y no me iré a casa, sino que me quédale en Marte hasta que Sylv haya sido exculpado por completo.

El rostro de Stallion se congestionó.

—Tú vendrás conmigo…

Digby sonrió. Al fondo, junto a la salida, había un par de individuos a los que reconoció en el acto.

—Y con Leif Kincaid y Bull Rickinson —dijo.

— ¿Qué? —gritó la muchacha—. ¿Dónde están esos forajidos?

— ¿De quién estás hablando? —bramo Stallion.

—Ahora echan a correr —sonrió Digby.

Stallion se volvió un instante, pero rectificó casi en el acto.

• Fay, por favor, no me obligues a hacer algo que no me gusta.

—Menos me gusta a mí lo que está sucediendo, papá.

Y no iré contigo, a menos que me ates de pies y manos.

—No puede usted obligar a su hija a que haga algo que no desea — terció Clara Edgeman—- Ya no estamos en la Edad Media, señor Stallion.

—Usted se calla, señora; nadie le ha dado vela en este entierro —contesto descortésmente el padre de la muchacha

Clara se enfureció y le arreó uno patada en la pierna. Stallion lanzó un bramido de ira y empezó a saltar a la pala coja, en medio de las risas de todos los presentes, incluido el comisario Krinshell.

—Ya está bien —dijo el policía, segundos más tarde—. Vamos, Digby

— ¿Me lleva a la cárcel? —preguntó el joven.

—Hombre, qué cosas tiene...

— ¡E1 no me secuestró! Lo hizo Kincaid —gritó Fay.

— Bien, señorita, si lo que dice es cierto, hay tribunales de justicia. Yo no puedo hacer otra cosa que procurar se cumpla la ley. Andando. Digby.

El joven sonrió.

—Fay. Clara, buscad un buen abogado. Clara, Fay te dirá dónde debes conseguir fondos para mi defensa.

—Descuida. Sylv —contestó lo muchacha.

—Clara, contrata hombres de confianza que vigilen tu nave —añadió Digby.

Clara alzo las cejas. Fay le agarró por un brazo.

—Venga, se lo explicaré en seguida —dijo—. Iré a verte en

cuanto me sea posible, Sylv,

—Cuando gustes, preciosa.

—Oiga, deje de tratar a mí hija de ese modo, miserable individuo —gruñó Stallion—. Usted, escoria de la sociedad...

Digby le miró fijamente. Stallion se puso colorado de nuevo. Farfulló unas cuantas palabras ininteligibles y acabó por dar media vuelta, rápido y violenta.

—Te aguardo en el hotel. Fay —se despidió.

* * *

Digby estaba sentado en su celda, contemplando el cielo oscuro, a través de la ventana, cuando, de pronto, oyó una voz:

—Eh, tiene una visita.

Digby se puso en pie. Paul estaba frente a él, al otro lado de la reja.

—No me guarda rencor, ¿verdad?

El vigilante emitió un gruñido

— ¿Cómo lo hizo? —preguntó.

—Tengo poderes mágicos —contestó el joven alegremente.

De pronto, la corpulenta figura de Hugh Stallion se hizo visible

—Márchese —ordenó.

—Sí, señor —obedeció Paul.

Los dos hombres quedaron trente a frente.

—Digby, quiero hacer un trato con usted —dijo Stallion, tras una corta pausa.

— ¿Un trato?

- Tengo influencias. Puedo hacer que se anule el proceso. Usted quedará libre. Le daré un millón y podrá establecerse en Marte o en la Tierra, donde guste, pero no vuelva más a los anillos de Saturno

Digby le miró fijamente.

- Y, además, habré de cederle todos mis derechos sobre cualquier yacimiento que haya encontrado allí.
- Exacto.

—Por un millón.

—Está bien —gruño Stallion—. Que sean dos.

— ¿Por qué no doscientos? Era lo que pedían Kincaid y los suyos por el rescate de Fay.

—Deje eso en paz...

- También ofreció cinco millones por encontrar a su hija.

—Maldita sea. De acuerdo, usted la encontró. Tendrá los cinco millones, pero haga lo que le pido.

—Ah, ya no ordena, sino que pide —rió Digby—. ¿Qué le hace ser

ahora tan cortés?

—Muchacho, si traía de burlarse de mí, juro que puedo hacer que lo sienta por el resto de sus días —dijo Stallion a través de sus dientes juntos como los de un cepo.

— ¿Podría decir lo mismo el capitán Zugareff?

—Zugareff no... ¿Qué diablos trata de insinuar?

—A Zugareff le tendieron una trampa. Apostaría esos cinco millones a que lo hizo Kincaid.

—No sé de qué me está hablando...

—Usted es el presidente de la I. T. Elevó las tarifas abusivamente.

—La ley me lo permite. Pero esto no tiene nada que ver con lo que estamos discutiendo.

—Tiene mucho que ver, porque una buena amiga, Betta Lochlein, fue asesinada por uno de los esbirros de Kincaid, precisamente el que estaba junto a él en el aeropuerto.

—Yo no tengo relación alguna con Kincaid, entiéndalo de una maldita vez — gritó Stallion descompuestamente.

—Una pregunta —dijo el joven— ¿Es cierto que, secretamente, prometió pagar seis millones, es decir, uno por cabeza, al que encontrase a los secuestradores de su hija y se los entregase vivos o muertos?

—Bueno, son cosas que se dicen *off record,* usted ya me entiende, en conversación privada con los periodistas. Alguno, sin embargo, se fue de la lengua... pero entonces, compréndalo, yo me sentía muy furioso...

—Sí, me lo imagino. Pero ¿cómo sabía ya entonces que eran seis los secuestradores?

La cara de Stallion se puso gris. Digby sonrió

—Márchese —dijo— Váyase y no diré nada. Cállese, por su propia hija. No la hiera, Hugh. Ella sabe que es usted un tiburón para los negocios, pero le cree incapaz de rebasar ciertos límites. Y esos límites, usted lo sabe muy bien, han sido rebasados más allá de lo absolutamente permisible.

Los puños de Stallion se crisparon.

—He venido a hacer un pacto con usted —dijo—. Puedo sacarle mañana mismo o hacer que se cumpla la sentencia. ¡Elija!

Digby adelanto un paso. Sus ojos despedían fuego.

—No cedería aunque tuviera que pasarme el resto de mis días en la penitenciaria lunar —exclamó rotundamente—. No lo hago por mí; mi propia suerte me importa muy poco. Lo hago por una mujer que quiso ayudarme y que recibió una puñalada en el corazón. Lo hago por un amigo que también quiso ayudarme y voló con su nave Ahora ya sabe mis motivos..., de modo que ¡fuera de aquí!

Stallion le dirigió una mirada rebosante de odio

—Ya no volveremos a vernos más —se despidió.

—Lo cual, créame, siempre resultará agradable —contesto Digby mordazmente.

* * *

Paul Wyzarsky llegó empujando un carrito y se detuvo ante la celda.

—A cenar, muchacho —exclamó alegremente

Digby sonrió.

—No me guarda rencor —dijo.

—Si me hubiera golpeado... Pero se limitó a narcotizarme... Además, ella, luego, bajo mano, me dio un buen puñado de billetes... Usted no es malo, Sylv.

—Gracias por el buen concepto que tiene de mí, Paul. Otros no piensan lo mismo que usted.

—Aquí se oyen muchas cosas. Nadie cree que usted hiciera una cosa semejante. En fin, yo sólo soy un funcionario y... ¿Eh, que le parece la cena? Se la envía su chica personalmente: ensalada, macarrones, pescado, un pollo asado, helado... Vamos. Sylv, llene el buche y verá cómo duerme mucho mejor.

—De acuerdo, pero llévese los macarrones. Puede que le parezca extraño, pero a mí no me ha gustado nunca la pasta.

—A mí, en cambio, me enloquece.

Una bandeja bien provista pasó a través del hueco.

Wyzarsky se retiró a poco, llevándose el plato de macarrones.

Digby cenó con magnifico apetito. Cuando estaba a punto de terminar, oyó gritos.

—Aprisa, un médico... Paul se está muriendo...

—Ya no se puede hacer nada por él… Está muerto.

Digby se puso en pie.

—Oigan, ¿qué sucede? —gritó

Un guardia acudió corriendo.

—Parece que habla algún veneno en la cena... Es horrible. Paul tiene la cara azul... Ni siquiera pudo terminar el plato de macarrones...

Digby se puso pálido. De pronto se asestó una terrible bofetada en la cara.

—Imbécil de mí —murmuró— Pude haberle salvado la vida.

— ¿Cómo dice? —preguntó el guardia.

—No, nada, hablaba conmigo mismo. Siento muchísimo lo que le ha pasado al pobre Paul.

El hombre le miró suspicazmente un instante y luego se alejó. Digby volvió a quedarse solo.

El veneno había sido para él. Pero en aquel suceso había algo

extraño, algo que no cuadraba demasiado bien con el conjunto de hechos ocurridos hasta aquel momento.

No era posible que Fay le hubiese enviado un plato envenenado. Además, ella sabía...

Súbitamente creyó ver todo claro. Y se sintió acometido por un terrible ataque de furia, tanto más impotente porque estaba encerrado en un lugar del que no podía salir.

Y la muerte de Paul había sido un aviso de lo que le podía suceder a él, porque había poderosos intereses en juego, que estaban dispuestos a apartarle a un lado al precio que fuese.

CAPÍTULO XII

De pronto, pasada la media noche, oyó un ruidito que le hizo despertar en el acto.

El lugar estaba sumido en la penumbra. Digby se dio cuenta de que el ruido procedía de la ventana y se levantó, sin cometer la imprudencia de encender la luz que tenía a la cabecera de su camastro.

Había alguien al otro lado. Una voz que era un susurro llegó instantes después a sus oídos:

—Sylv, ¿me oyes?

Digby agarró una silla y la acercó a la ventana.

—Pero, Fay, ¿qué estás haciendo? —exclamó.

—Voy a sacarte libre —Contestó ella— Nos iremos inmediatamente de aquí.

—Acordamos que buscarías un buen abogado...

—No serviría de nada La nave de Clara está lista. Zarparemos en seguida para la Tierra. Allí podremos escondernos toda la vida, si es preciso.

—Fay, esto no me gusta absolutamente nada —contestó el—. No me agrada la idea de pasarme huyendo el resto de mis días. Y mucho menos teniéndote a mi lado. ¿Has comprendido?

Los ojos de Fay asomaban apenas por el borde exterior de la ventana.

— ¿Prefieres huir conmigo a que lleve flores a tu tumba?

Hubo un instante en que los dos se contemplaron en silencio, Luego, Digby hizo un gesto de asentamiento.

—De acuerdo, pero los barrotes... No son de acero corriente: no hay lima que los pueda cortar.

Fay soltó una risita

—Tengo algo mejor —dijo—. Espera y verás.

La muchacha empezó a trabajar de inmediato. Digby vio que colocaba en cada barrote dos bolas que sujetaba con una cinta adhesiva. Cada bola estaba unida a la siguiente por medio de un fino cable conductor. El diámetro de aquellas esferas era de unos tres centímetros.

Media hora más tarde había terminado la tarea

—Apártate —dijo la muchacha.

Digby salto al suelo y corrió hacia la reja, volviéndose de espaldas. En el exterior, a prudente distancia. Fay apretó el interruptor que enviaría la corriente a través del hilo conductor.

Había en total, seis barrotes. Doce vivísimos fogonazos brillaron súbitamente durante un segundo, extinguiéndose casi con la misma

rapidez que se habían encendido. Pero en los lugares donde habían ardido aquellas bolas, se veía el metal al rojo vivo.

Digby empezó a trabajar de inmediato, protegiéndose la mano derecha con una toalla, para evitar las quemaduras Bastaron seis tirones, para que el paso quedase libre.

Aun así tuvo que esperar unos minutos a que los muñones de metal se hubiesen enfriado. Al fin, pudo pasar al otro lado.

Fay le abrazó estrechamente a la vez que le dirigía una penetrante mirada.

— Estás libre —dijo.

— ¿Has meditado bien sobre el paso que vas a dar? ¿Te has dado cuenta de las consecuencias que puede tener para tu futuro?

—Lo he meditado mucho, Sylv — respondió ella.

Digby pasó un brazo por encima de sus hombros.

—En los últimos tiempos, parece que he tomado la costumbre de evadirme de lo cárcel —dijo—. Por cierto, ¿quién te ha proporcionado la supertermita?

—Un amigo, con el que estuve consultando sobre el particular.

— ¿Amigos... en Marte?

—Sí. Anda, vamos ya; no quiero que nos sorprendan

Digby miro a su alrededor. El lugar se hallaba completamente solitario. Había patrullas de vigilancia nocturna, que raramente tenían que actuar. Pero algún policía debería haber acudido al ver los fogonazos de la supertermita.

—Espera —dijo de pronto a media voz.

Fay se mostró impaciente.

— ¿Qué pasa ahora? El paso está despejado...

—Aguarda —insistió él.

Avanzó unos pasos hacia la esquina del edificio y asomó ligeramente la cabeza, retirándose en el acto. Bajo las cúpulas, los núcleos de edificación tenían un aspecto enteramente terrestre.

—Aquél es el camino que debemos seguir, ¿no?

—Sí, claro...

—Ven.

Digby agarró a la muchacha por la mano y llegó a la otra esquina. Allí no había nadie. Inmediatamente, echó a correr.

Unos segundos mis tarde, sonaron gritos de furor. Digby alcanzó un edificio, dobló la esquina y empujó a la muchacha al hueco de una puerta situada a cuatro pasos.

—Quieta —dijo.

Sonaron pisadas muy rápidas. Dos hombres, uno de los cuales empuñaba una pistola, aparecieron en aquel lugar. Uno de ellos ostentaba uniforme policial.

—Es imposible que se haya esfumado —dijo el acompañante del

policía—. Ha salido ya de la celda...

De repente, un puño surgió de la penumbra y golpeó el mentón del hombre armado. Mientras caía, Digby se revolvió velozmente y levanto el pie derecho. Garry Abrams emitió un rugido y se desplomó, agitándose convulsivamente a consecuencia del atroz dolor causado por el puntapié.

Digby se apoderó de la pistola

— ¿Era ése tu amigo? —preguntó señalando al policía inconsciente.

Fay se sentía aturdida.

—El me indicó cómo debía hacer funcionar las bombas de supertermita... Yo no... no sospeché que... ¿Cómo lo has adivinado?

—Era raro que no acudiese nadie después de los fogonazos. Por fortuna, se me ocurrió asomarme. Estaban allí, aguardándonos. Tú por supuesto, no habrías sufrido ningún daño; ese bastardo tenía orden de liquidar sólo a un preso fugitivo… que había escapado por casualidad al veneno puesto en un plato de macarrones.

—Oh, no, no puede ser…

—Por desgracia, es como u digo — contesto él ceñudo—, Y por la misma razón, te pregunté antes si estabas decidida a unirte a mí para siempre.

—Sí, ahora más que nunca. Sylv. Ya... ya no podría volver a mi casa…

De pronto. Fay rompió en amargos sollozos. Digby la atrajo contra su pecho. Era preciso que se desahogase, pensó.

Abrams empezó a moverse en el suelo. Digby tiró nuevamente de la muchacha. Ella se dejó llevar sin resistencia.



Con el café, le había propinado un suave sedante y ella dormía, sin haberse dado cuenta. Digby aguardaba en la escotilla de la nave, provisto de la máscara de oxígeno que era obligatoria cuando se estaba en el exterior de las cúpulas presurizadas.

De pronto vio venir a un grupo de hombres y se enderezó. Stallion llegó al pie de la nave, seguido de Kincaid y sus secuaces.

—Devuélvame a mi hija —pidió Stallion secamente—. Devuélvamela o haré que le maten aquí como a un perro.

—Fay está durmiendo —respondió Digby con toda tranquilidad —. Y no quiere ir con usted. Acepta, como es lógico, ser la hija de un criminal, pero eso no significa que haya de seguir a su lado.

—Ella no sabe...

—Lo sabe todo.

Stallino pareció haber recibido un golpe en el pecho.

—Fay no es tonta. Ella sabe, por ejemplo, que no me gustan los macarrones. Parece un detalle sin importancia, pero la tiene, y grande, porque no fue ella quien me envió la cena con ese plato envenenado. Si hubiese sido realmente Fay, no me habría enviado macarrones. Lo peor de todo fue que, en aquel momento, yo no me percaté del detalle; sólo pensé en una joven que me aprecia muchísimo y que quería obsequiarme con lo mejor, encargando una copiosa tena al hotel, sin preocuparse del menú. Cuando me di cuenta, era ya tarde; había muerto un guardián. Parece que el veneno se oculta mejor en el hueco de los macarrones, ¿verdad?

Aunque la máscara le tapaba el rostro casi por completo. Digby pudo apreciar la lividez de su interlocutor. Stallion daba la sensación de haberse quedado sin fuerzas.

—Tendrá que pagar sus crímenes —siguió el joven, impasible—. Empezando por el secuestro de su propia hija, planeado por usted para conseguir fuertes préstamos que le permitieran hacer frente a su crítica situación financiera. Primero cincuenta millones, luego doscientos... y la orden tajante de que esos ruines sujetos que le acompañan no tocasen para nada a su prisionera. Un comportamiento realmente incomprensible, si no se tiene en cuenta de quién partió la idea de un secuestro, que la casualidad frustró, en su vertiente del rescate por dinero. Ni siquiera con la elevación de tarifas de la I. T. iba a solucionar usted sus problemas financieros, ni aun apoderándose de la subestación de Betta Lochlein, ahora que, según todos los indicios, se va a producir una verdadera estampida de mineros del espacio a los anillos de Saturno.

»Pero todo eso no es nada, comparado con los asesinatos de Edgeman y de Betta Lochlein, y de la voladura de la patrullera del capitán Zugareff. ¿Qué hará ahora cuando ya no puedo probar mis derechos al yacimiento?

—Creo que está equivocado, Sylv —sonó de pronto una voz—. Su detector-localizador está a salvo, como, afortunadamente, yo y todos los miembros de mi tripulación.

* * *

— ¡Capitán Zugareff! —gritó el joven.

—Aquí estoy —contestó el interpelado, surgiendo del otro lado de la astronave—. Usted tenía razón: la llamada de socorro era una trampa.

--Pero... su nave desapareció de la pantalla

Zugareff sonrió bajo la máscara.

—Ahora, las naves de patrulla emplean medios muy sofisticados, como, por ejemplo, detectores de explosivos. A pesar de todo, la

explosión nos pilló relativamente cerca y tuvimos algunas averías, que han demorado nuestro regreso. Pero el nuevo sistema antirradar siguió funcionando a la perfección.

—Creo que entiendo —dijo Digby.

—Yo entendí también en aquel momento. Por eso preferí que se siguiera creyendo que la patrullera había sido destruida. Mientras tanto, aquí, en Marte, se han hecho algunas investigaciones. Puede imaginarse los resultados, Stallion.

Sobrevino una pausa de silencio. Kincaid y sus esbirros parecían anonadados. Stallion no tenía fuerzas para hablar.

—Voy a llevarlos arrestados a todos —anunció Zugareff—. Habrá un nuevo proceso y…

Súbitamente. Stallion lanzó un grito que parecía el de una bestia herida y sacó una pistola térmica. Zugareff, sorprendido, disparó la suya.

Stallion se desplomó, fulminado por la terrible elevación de temperatura causada en su cuerpo por el proyectil. Rickinson, despavorido, dio media vuelta y echó a correr.

Algunos policías surgieron de inmediato.

— ¡Alto! —gritaron.

Rickinson se volvió y disparo una vez su pistola, tratando de garantizarse la huida, tres o cuatro armas concentraron su fuego sobre el forajido. El cuerpo de Rickinson ardió literalmente en pocos segundos.

Kincaid y los demás alzaron los brazos instantáneamente.

—Nos rendimos —dijo el jefe de la banda.

Los tres hombres de Zugareff se acercaron, con las esposas en las manos. Zugareff lanzó una mirada al cuerpo inerte de Stallion.

— ¿Por qué cometió esas estupideces? —murmuró.

—Estoy seguro de que la idea de pasarse toda la vida en la cárcel se le hizo de repente insoportable —dijo el joven—. Además, pensó en su hija y...

Zugareff hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, creo que tiene razón. —Sonrió bajo la máscara—. Tendrá que declarar, Sylv.

—Cuando guste, capitán.

La cabeza de Zugareff se movió en dirección a la astronave.

—Quizá ella le necesita —dijo.

—Esperaré a que se hayan llevado el cadáver de su padre —respondió Digby.



Entro en el hotel y se dirigió directamente a la habitación que ocupaba Fay. No se molestó en llamar; por fortuna la puerta no estaba cerrada con llave. De lo contrario, la habría abierto a patadas.

Fay cerraba una maleta en aquellos instantes. Al oír el ruido se volvió en el acto.

— ¿Qué es eso de marcharse a la Tierra? —exclamo Digby.

—Sylv, por favor... —dijo la muchacha, temblorosa.

—Pero ¿te has vuelto loca? ¿De dónde has sacado esa disparatada idea?

— ¿Crees que podría seguir aquí, después de lo ocurrido?

— ¿Te consideras culpable?

Ella se mordió los labios.

—Soy la hija de Stallion. Algunos dicen que estaba de acuerdo

con mi padre.

— ¡Tonterías! —bufó Digby—. Rumores de gentes que no tienen otra cosa mejor que hacer… Anda, deja la maleta; vamos a salir juntos. Quiero que veas algo.

— ¿De qué se trata? —preguntó ella

—Está a unos noventa kilómetros, un lugar magnifico. Lo he comprado por una miseria... Treinta y nueve kilómetros cuadrados.

— ¿Piensas construir allí tu casa?

—Exacto —respondió Digby con aire triunfal—. Ya he encargado los planos, pero lo que todavía es aún mejor, he contratado un buen equipo de perforaciones. Es posible que antes de un año tengamos agua en abundancia. Y va estará construida nuestra casa, ¿comprendes?

Sorprendentemente para el joven, Fay se echó a llorar. Digby se quedó desconcertado un instante.

Luego comprendió y sonrió. Se acercó a la muchacha y la atrajo tiernamente contra su pecho.

—Fay —dijo a los pocos momentos

Ella sorbió sus lágrimas.

—Dime. Sylv.

—Ahora iremos a ver los terrenos. Pero no nos quedaremos en Marte para la luna de miel.

—Iremos donde tú digas, querido.

—Vamos a tener muchos gastos. Las cosas no están aquí precisamente baratas, pero tenemos nuestro Banco en los anillos de Saturno. ¿Te parece bien?

—Me parece… maravilloso —hipó la joven—. Aunque no sé cómo encontrarás ahora tu yacimiento...

Digby se echó a reír.

—Zugareff se llevó mi localizadora, pero dejó otra, como ordenan los reglamentos —besó suavemente a la muchacha—. Y tenemos que ir allí a la fuerza, porque así podremos tener «nuestra» casa en Marte.

— Nuestra casa en Marte —repitió Fay, después de un hondo suspiro— Ya estoy deseando verla hecha...

—La verás y disfrutarás de ella mientras vivas a mi lado —afirmó Digby rotundamente.

F I N